



SS

**SERVICIO
SECRETO**

KENT MILLER
**TRAFICO
CRIMINAL**



KENT MILLER

TRAFICO CRIMINAL

1.ª EDICION
OCTUBRE-1951

EDITORIAL  **BRUGUERA**

Proyecto, 2-T. 284453

BARCELONA (6)

TRAFICO CRIMINAL

POR KENT MILLER.



I

Desde el anochecer, un fuerte viento del este soplabla de la parte de Long Island, levantando enormes olas que azotaban la costa comprendida entre Stamford y Fenwick, y haciendo gemir el arbolado que se doblegaba hasta lo inverosímil, sacudido por la violencia del temporal.

Todas las patrullas de la vigilancia costera habían regresado a sus bases, y sólo las unidades más necesarias permanecían alerta en los puntos estratégicos, por si hubiera necesidad de atender alguna urgente llamada que requiriera su presencia.

A unas dos millas, al oeste de Fanfield, al abrigo de una caleta sobre la cual se hallaba la farola de señales, había fondeado la lancha

K-2C4,

cuya dotación actuaba a las órdenes del sargento Mac Millan.

Harry Mac Millan y los agentes Bruce y Thompson habían buscado refugio en la caseta del guarda. En la embarcación sólo había quedado Joe Langdon, al cuidado de la radio, para atender las posibles órdenes que pudieran llegarles.

—Aquella noche, el mar estaba revuelto como pocas veces he visto en mi vida —refería Mac Millan, mientras llenaba una vez más el vaso que tenía delante, con el *whisky* obsequio del hospitalario torrero—. Se nos había informado que los alemanes pensaban despachar un pequeño convoy, con destino a las islas del Canal. Habíamos agrupado una flotilla de veinticinco lanchas rápidas, además de una docena de embarcaciones de más importancia, y teníamos orden de impedir por todos los medios que consiguieran su objetivo.

—¿Cómo eran esas lanchas? —preguntó Thompson, el más joven de los agentes, a quien los relatos de Mac Millan fascinaban sobremanera.

—Rápidas como delfines. Están dotadas del mejor armamento. Algunas de ellas, incluso, están habilitadas para sumergirse por un cierto tiempo. La mayoría van provistas de tubos lanzatorpedos. Resulta una de los más emocionantes ejercicios acercarse a poca distancia del barco, y lanzar el torpedo destinado a hundirlo.

—¿Y podía la lancha ganar de nuevo la superficie, estando tú dentro? —preguntó, bromeando, Bruce, refiriéndose a la corpulencia y obesidad un tanto acusada de su superior.

Mac Millan dirigióle una rápida mirada, y pasó por alto la alusión, pero, inmediatamente, con el genio que le caracterizaba, encaróse con él.

—¿Qué estuviste haciendo tú, durante la guerra? ¿Vendiendo corbatas en Yonkers, sirviendo bebidas en el cafetín de Bunnet?

—Ni lo uno ni lo otro —replicó Bruce, con sorna—. Esperaba tu regreso para piratear por las tranquilas aguas del Long Island Sund. ¿Eran tan azules las de allá, querido Harry?

—Un momento, sargento —cortó el encargado de la farola—. Me ha parecido que alguien grita afuera. ¿No será uno de sus hombres, el que dejaron en la lancha?

Mac Millan se puso en pie, pero seguidamente volvió a sentarse, y bebió el resto del contenido de su vaso.

—Con ese vendaval no parece sino que una legión de diablos estuviera vociferando por estos alrededores. Langdon ya sabe que a media noche iremos a relevarlo.

—Sin embargo —insistió el del faro—, no estaría de más bajar hasta la caleta. Juraría que era una voz humana la que llamaba.

—Bien, ya que insiste...

Mac Millan se levantó, y se dirigió hacia la escalera, pero antes de llegar a ella, volviere hacia los dos agentes, que lo contemplaban interesados.

—Bruce —dijo, señalando al joven que se burlara de él—. Ve a ver lo que quiere Langdon.

—¡Cómo! —exclamó Bruce, de mala gana—. ¿Tú crees, también, que Langdon ha llamado? ¿Qué le costaba subir hasta aquí? ¡Bah! Ese viento se os ha metido en el cerebro, y os hace ver...

—¡Bruce! —ordenó Mac Millan, enérgico—. ¡Te ordeno que vayas a ver si Langdon desea algo!

Ahora Bruce no replicó. Se puso en pie, levantóse el cuello de su

capote impermeable, y pasó por delante de su superior, sin mirarlo siquiera.

Cuando hubo desaparecido por el hueco de la escalera, Mac Millan volvió a su puesto.

—Ese Bruce sólo sirve para vender corbatas o servir bebidas en un tabernucho de Harlem. ¿A quién se le ocurriría traerlo al servicio de vigilancia costera? Precisamente destinado a mi patrulla...

Tomó la botella de licor, y ya iba a llenar de nuevo el vaso, cuando se escuchó la voz de Bruce desde la planta baja.

—¡Eh, sargento! —llamó—. ¡Hay que ir a la lancha! ¡Langdon avisa que están radiando una orden urgente para todas las patrullas de este sector!

Tanto Mac Millan como Thompson escucharon perfectamente la indicación de Bruce, y a ninguno de los dos se les ocurrió que aquella vez el agente bromeara.

Encasquetáronse las gorras, y se despidieron del torrero.

Abajo, en el sendero que conducía a la caleta, hallaron a Bruce esperando. Sin pronunciar una sola palabra, los tres hombres echaron a correr hacia la embarcación que se recortaba en la obscuridad. Al verlos acercarse, Langdon tiró de la amarra, hasta que el casco quedó cerca de las rocas, permitiendo así que los tres hombres saltaran dentro.

—¿Qué diablos ocurre, Langdon? —preguntó Mac Millan, de mal talante por aquella intempestiva interrupción de la velada.

—¡Hay una llamada para las lanchas de los sectores 12 y 13! ¡Hay que salir urgentemente para cerrar el paso a una embarcación que ha salido de las inmediaciones de Stamford!

—¿Con este temporal? —objetó Thompson, a quien la perspectiva de aventurarse en una noche como aquélla no le seducía lo más mínimo.

—¡No perdamos tiempo! —Gruñó Mac Millan, comenzando a soltar la amarra—. ¡A vosotros hubiera querido veros en una salida por el mar del Norte, una noche de temporal y con los submarinos alemanes rondando en la obscuridad!

No tardó en roncar el motor y enfilarse la salida de la caleta.

—¿Encendemos el reflector? —preguntó Thompson, que se había colocado en la parte de proa.

—Es mejor no hacerlo —repuso el sargento—. En la obscuridad será más fácil sorprenderlos.

Langdon, que continuaba junto al radiorreceptor, captó de nuevo la señal emitida desde el puesto de control.

—¡Atención

K-226,

K-243,

K-264,

K-211

y

L-28!

¡Hay que interceptar por todos los medios embarcación rápida, modelo «Harvis», que se dirige hacia los sectores 12 y 13! ¡Indudablemente trata de salir a mar abierto! ¡Si ofrecen resistencia, se ordena disparar y hundirla!

—Un pájaro de cuidado —comentó Bruce, quitando la funda a la ametralladora de la lancha—. Con las ganas que tengo de darle gusto al dedo...

—¿Por qué no se te ocurriría enrolarte voluntario en la infantería? —replicóle Mac Millan.

—Siempre existía la posibilidad de tropezarme allí contigo.

Las olas comenzaban a azotar el casco de la embarcación, y los vaivenes obligaron a que sus tripulantes prestaran toda la atención requerida.

Marchaban en línea recta hacia las cercanas playas de Long Island, cuyas luces veían parpadear a lo lejos. Un reflector rasgó las tinieblas en dirección de Bridgeport. Mac Millan miró hacia aquella parte, y refunfuñó algo entre clientes.

—¿Cómo se le ocurrirá al gato cazar con el cascabel puesto? —comentó Langdon, a su vez.

Llegaron hasta las inmediaciones de la isla, y dieron la vuelta. Hasta aquel momento, no se divisaba ni rastro de embarcación alguna. De vez en cuando paraban el motor, y en la obscuridad trataban de percibir algún indicio de la presencia de la nave fugitiva.

De pronto, Thompson lanzó una exclamación, y llamó al sargento.

—¡Juraría que hacía estribor se oye el zumbido de una lancha!

Estaba el motor parado, y los cuatro hombres aguzaron sus oídos, tratando de confirmar la suposición de Thompson.

—Me parece que estás en lo cierto —opinó Bruce.

—Vira a estribor —ordenóle Mac Millan—. Nos acercaremos despacio, hasta descubrir de qué se trata.

La embarcación describió una amplia curva, y varió el rumbo.

No habían transcurrido dos minutos cuando una sombra apareció ante ellos.

—Enciende el reflector y haz las señales —ordenó el sargento, dirigiéndose a Thompson.

Inmediatamente, un haz brillante rasgó la obscuridad, yendo a posarse sobre el costado ceniciento de una embarcación. Por tres veces se apagó la luz, y otras tantas volvió a encenderse; pero la última coincidió con una descarga hecha contra la lancha.

—¡Apaga pronto! —gritó Mac Millan—. ¡A ellos, Bruce!

Pero ya Bruce apuntaba con la ametralladora, y la orden de Mac Millan mezclóse con el tableteo punteando las tinieblas que los envolvían.

Nuevos disparos de los fugitivos, y réplica inmediata de la vigilancia costera.

—¿Los embestimos, sargento? —preguntó Langdon, que se había situado en el timón, en lugar de Bruce.

—¡Adelante! —animóle el sargento.

La lancha avanzaba rápidamente, y las ráfagas que Bruce enviaba habían conseguido reducir al silencio a los fugitivos.

Thompson encendió de nuevo el reflector, y Mac Millan comenzó a disparar su revólver, uniéndose al fuego de Bruce.

Sobre cubierta veíanse los cuerpos de cuatro individuos. Se hallaban tendidos, inmóviles. Al parecer, habían sido alcanzados por el fuego de la ametralladora manejada por Bruce. Un quinto sosteníase aún en pie, sujetándose a la borda; pero un bandazo de la embarcación lanzólo al agua, y desapareció engullido por el oleaje.

—¡Parece que no queda nadie! —observó Thompson—. Como no se hayan escondido entre los fardos...

Dieron dos vueltas alrededor de la lancha, hasta convencerse de que nadie quedaba allí con vida.

Valiéndose de unos garfios, consiguieron remolcarla hasta la caleta de partida. Allí, en tanto Langdon anunciaba la captura de la

embarcación fugitiva, Mac Millan y los otros dos agentes dedicábanse a inspeccionar el cargamento.

Sólo había de particular una caja que encerraba medio centenar de frasquitos de cristal.

Más curioso que sus compañeros, Thompson cogió uno de aquéllos, y olió el líquido contenido.

—Huela a esencia de clavel —declaró—. ¿Y para esto nos han tenido buscando esa lancha?

Mac Millan le quitó el frasco e hizo lo propio.

—Es cierto —murmuró—. ¿Por qué diablos nos mandan salir en una noche como ésta, para capturar una lancha que conduce contrabando de esencias?...

El inspector Streimer volvió a dejar el frasquito sobre la mesa, y sonriendo con manifiesto escepticismo, quedóse mirando a su interlocutor.

—No hay duda que se trata de un frasco de esencia —dijo—. Concretamente, esencia de clavel. Y conste —añadió, riendo—, que no soy una persona ducha en estas cuestiones.

El hombre que sentábase enfrente quedósele mirando pensativo. Movió la cabeza, denegando, y recostóse de nuevo contra el respaldo del butacón.

—Sin embargo, inspector —habló pausadamente—, el que ese líquido huela a clavel no quiere decir que sea, precisamente, una esencia extraída de dichas flores. Se trata de un líquido insignificante en apariencia, pero que posee unas propiedades cuyo alcance es difícil de prever. ¿Sabe usted cuál es el nombre con que se le designa?

—¿Cuál?

—Dinitrión.

—¿Dinitrión? —repitió el inspector, con gesto de extrañeza—. Jamás, hasta este momento, había oído tal palabra. ¿Y dónde está la importancia de ese compuesto?

El caballero que se entrevistaba con el inspector Streimer, alargó la mano para apoderarse del frasquito de cristal azulado. Le miró por unos instantes al trasluz y, finalmente, lo colocó en un estuche que cerró y guardó en su bolsillo.

—El «Dinitrión» es nada menos que uno de los más notables descubrimientos de estos últimos tiempos. Lo mismo su

descubrimiento que su fabricación constituían un secreto de Estado, guardado celosamente en propio interés de nuestra nación. Y tanto el ingeniero que creó la fórmula, como los técnicos y obreros que intervienen en la elaboración, trabajan en un recinto cerrado a todo el mundo, y rigurosamente custodiado por fuerzas importantes.

—Sin embargo, el hecho de encontrarse esos frasquitos en la lancha, prueba que no es tan impenetrable el secreto de ese lugar.

Aquel hombre volvió a denegar con la cabeza.

—Está en un error si cree que lo sacaron de allí. Toda la producción es escrupulosamente controlada. Ni un solo frasco ha salido de los laboratorios del Estado. Por consiguiente, sólo cabe admitir que hay una persona que, conoce el secreto de fabricación, y que lo obtiene para facilitarlo a una potencia extranjera.

El inspector Streimer echóse a reír, sorprendido.

—A pesar de todo, no veo el interés en fabricar un líquido que huele a esencia de clavel. Y de no ser usted un miembro destacado del Consejo de Defensa, creería que no era más que una broma que me dedicaban los buenos amigos que allí tengo.

—Y es lógico que piense así; pero cuando sepa que el Dinitrión es el elemento básico para la fabricación de un potente explosivo de acción mucho mayor que los hasta hoy conocidos, comprenderá que hay que tomar muy en serio el hecho de que alguien conozca nuestro secreto, y trate de facilitarlo a una potencia extranjera.

—¿Es posible que sea eso cierto? —preguntó Streimer, sintiéndose por vez primera interesado en la visita de aquel personaje.

—Tan cierto como estoy yo aquí con usted —sonrió el otro—. De no ser así, nuestro Gobierno no se habría molestado en solicitar la intervención del

F. B. I.,

a fin de solucionar este enigma.

Streimer se puso en pie, y comenzó a pasear a lo largo de aquella habitación.

—Ahora comienzo a darme, cuenta de lo que significa su visita, Trevor. Ese episodio de la lancha tratando de huir y de su extraño cargamento de esencia, me parecía una estratagema de los contrabandistas de drogas para ocultar alguna operación de mayor envergadura; pero ahora... ¿Qué se ha hecho de la lancha?

—Ha sido hundida en el mismo estrecho de Long Island, luego de retirar el cargamento que conducía. Los mismos que la enviaron deben ignorar lo ocurrido, ya que ninguno de sus ocupantes pudo salvarse. Es más, ni siquiera nuestras autoridades sospechaban lo que se conducía en ella cuando dieron la orden de aprehensión. Creían que se trataba de drogas o algo por el estilo.

Streimer se detuvo ante la mesa y quedó de espaldas a ella, frente a su interlocutor.

—Bien, Trevor. Me hago cargo de cuál es la situación, y voy a tomar inmediatamente todas las medidas oportunas para afrontarla. Hoy mismo les enviaré el inspector que solicitan.

—Tenga en cuenta, Streimer, que debe tratarse de uno de sus mejores elementos. No podemos fracasar, ya que ello significaría un grave golpe contra nuestra propia defensa continental.

—No lo olvidaré. Conozco bien a la persona que desempeñará esta misión.

—¿Puede darme su nombre?

—Se llama Brunner. Siempre le llamamos para confiarle los casos más difíciles...

El consejero Trevor se puso en pie, y tendió su diestra al inspector. Streimer lo acompañó hasta la puerta del despacho.

No había transcurrido un minuto de la salida de Trevor, cuando un joven de simpático aspecto entró en el despacho. A pesar de su juventud, sus facciones poseían una acusada dureza delatadora de la decisión y la audacia que informaban su carácter.

—No me cabe duda que hoy tendrá buenas noticias, inspector — fue su saludo de aquella mañana.

—¡Hola, Dick! ¿A qué clase de noticias te refieres?

Dick Shelton hizo un gesto indicando hacia la puerta, y guiñóle un ojo con significativa, elocuencia.

—El consejero Trevor no se molestaría en venir aquí, como no hubiera algún lío que le trajera de cabeza. ¿Acerté esta vez?

Streimer sonrió, y movió la cabeza con ademán preocupado.

—No voy a ocultarte que se trata de un caso grave; pero ya he decidido que sea Brunner quién se encargue de ello.

—¿Brunner? ¿Es que va a ser él quién se lleve siempre la mejor parte? No olvide, Streimer, que usted me prometió encargarme del primer asunto que se presentara.

—Ya sé, Dick; sin embargo, ten en cuenta que llevas muy poco tiempo entre nosotros, y que no es conveniente exponerse a un fracaso en cuestión de tanta importancia.

—No fracasaré —afirmó con vehemencia.

—De todos modos, no puedo arriesgarme, Dick —insistió afable—. Se trata de un posible asunto de espionaje, y el Departamento de Defensa exige que se encargue de él uno de nuestros más experimentados inspectores.

—Puedo demostrarles que soy capaz de hacer lo mismo que hará Brunner. Llevo seis meses aquí, y hasta la fecha sólo se me han confiado dos misiones insignificantes. ¿Cree que de seguir así voy a llegar a alguna parte? Usted fue siempre un buen amigo de mi padre, y le prometió...

—No lo olvido, Dick —cortó Streimer, con alguna sequedad—; pero tienes aún mucho tiempo por delante para llegar hasta donde llegaron Brunner, Less y Handooke. Sé que hay en ti buena madera, y que no tardará en presentarse la ocasión donde puedas demostrarlo a todos. Además, debes pensar en lo que dirían mis superiores cuando supieran que un asunto de la importancia del que nos ocupa, había sido encomendado a un inexperto recién salido de Quantico.

Malhumorado, Dick dio media vuelta para dirigirse a la puerta. Iba a salir del despacho, cuando Streimer lo llamó de nuevo.

—Aguarda un momento, Dick. Olvidaba decirte que tengo algo para ti.

El joven miró al inspector, y regresó hasta la mesa tras la cual se hallaba sentado aquél.

—Tendrás que frecuentar por unas noches el club «Panamá», en la calle Ciento Doce. Se ha visto por allí a Joe Kay, y convendría vigilar sus pasos, ver con quiénes se relaciona, y los lugares que visita.

—¿Nada más que eso? —preguntó, con cierto deje no exento de sorna.

—Como principio, será suficiente. Tal vez se confirmen las sospechas que tenemos y, en tal caso, no hay duda que ese Kay nos va a dar mucho que hacer.

—Está bien, Streimer —asintió, irónico—. Y no deje de acudir a mí cuando haya que vigilar a su chica y asegurarse de quién la

acompaña. Por lo visto, es eso para lo único que sirvo.

II

Era la tercera noche que acudía al «Panamá», y basta entonces no había visto ni rastro de Joe Kay. Ninguno de los que lo frecuentaban coincidía con las descripciones que Shelton poseía del famoso malhechor ni con las fotografías que le facilitara Streimer. Lo único que hasta entonces había atraído la atención del novel agente era la estrella mejicana Lupe de Córdoba, de singular y exótica belleza, que con sus danzas excitantes y llenas de típico colorido, centraba el interés del club nocturno y arrancaba en todas sus actuaciones delirantes aplausos y vítores de sus incondicionales admiradores.

Eran ya más de las dos de la madrugada, y no era de suponer que a Kay se le ocurriera hacer su aparición por allí. Shelton se dispuso una vez más a salir para regresar a su domicilio.

Iba a hacerlo, cuando se apercibió de que un caballero, vestido de gris y cuyo cabello plateaba ligeramente en sus sienes, se le quedaba mirando de un modo extraño y avanzaba hacia él unos pasos, con el gesto de quien acaba de encontrar a un conocido que no esperaba hallar en un lugar como aquél.

Intrigado, Shelton no se movió de su sitio. Entonces vio cómo el desconocido se detenía, confuso. Estaba tan cerca, que lógicamente debía mediar una explicación.

—Perdóneme —excusóse, torpemente, el del vestido gris—. Le confundí con un amigo...

Y dio media vuelta para dirigirse a la barra del bar.

Por dos veces, antes de abandonar el local, vióle Shelton volver la cabeza hacia él. Al fin salió de allí, y ya no volvió a acordarse del extraño personaje. No recordaba haberlo visto en las anteriores noches, y, por otra parte, nada tenía de particular que al verlo hubiéralo confundido con otra persona.

A la noche siguiente, como se le había ordenado, volvió al

«Panamá», y ya al entrar se dio cuenta de que el desconocido de la víspera se encontraba ocupando una de las mesas inmediatas a la pista, aunque próxima a la pared del fondo izquierdo.

Shelton ocupó la primera que halló disponible, y luego de comprobar que tampoco aquella noche estaba allí Joe Kay, dedicóse a observar al desconocido del traje gris.

Tratábase de un hombre de unos cincuenta años, de porte distinguido y rasgos de marcada dureza, que revelaban un temperamento enérgico y luchador. A pesar de encontrarse muy cerca del lugar donde actuaban las atracciones del club, no parecía interesarse demasiado por ellas. En más de una ocasión se apercibió Shelton de que miraba hacia él y lo observaba con sospechoso detenimiento.

Pronto desentendióse de aquel personaje y dedicóse a examinar a cuántos entraban en el salón. Tenía el convencimiento de que, tarde o temprano, Joe Kay aparecería por allí. Hasta que tal cosa sucediera, no podía hacer otra cosa que soportar aquella tediosa espera, aliviada únicamente por las danzas gráciles y fogosas de la gentil Lupe de Córdoba, y el ritmo de un conjunto de bellas *girls* que ya conocía Shelton de verlas actuar en uno de los *cabarets* de Broadway.

Aquella noche decidió retirarse antes de la hora acostumbrada. Se encontraba cansado de tan infructuosa espera, y tenía decidido pedir a Streimer que le dedicara a una ocupación que no requiriera aquella enojosa inactividad que amenazaba con destruir sus nervios.

Salíó del «Panamá», y desvióse por una travesía en dirección del Parque Jefferson. Para regresar a su domicilio cada noche seguía aquel camino, que le llevaba a la más próxima parada del autobús.

A tales horas, la calle estaba casi desierta. Únicamente vio a dos individuos detenidos junto a un automóvil, que parecían discutir en voz baja.

Al pasar cerca de ellos se lo aproximó uno de los sujetos, en tanto señalaba en dirección de la Tercera Avenida.

—¿Cree usted, señor, que yendo por allí daremos un gran rodeo para llegar a Tremont?

Iba Shelton a responder, cuando advirtió que el otro hombre, que se le había acercado también, se abalanzaba sobre él

esgrimiendo un objeto que no pudo precisar.

Rápidamente echóse a un lado, y recibiólo con un hábil «gancho» que tuvo la propiedad de hacer tambalear al que gastaba tan siniestras intenciones. Apenas repuesto de la sorpresa, tuvo que parar apuradamente el golpe con que el otro intentaba derribarle. Volvióse súbitamente, y, cogiéndole de un brazo, tiró con fuerza hasta lanzarlo por el suelo; pero en el mismo instante un tercer atacante que no sabía de dónde había salido, saltó sobre su espalda, haciéndole perder el equilibrio...

Antes de que pudiera recobrarse, uno de sus agresores cayó sobre él, con toda la fuerza de su enorme corpulencia. Shelton quedó debajo, dando con la espalda en el enlosado de la acera. Sin perder la sangre fría encogió las piernas y las distendió violentamente, consiguiendo rechazar momentáneamente al malhechor; pero ya los otros dos ocupaban su puesto, y forcejeaban para reducirle.

En aquel momento, una sombra pasó junto a él, como una exhalación, y uno de los agresores cayó de espaldas. Sorprendido, advirtió cómo su compinche abandonaba la presa, y echaba a correr hacia el coche, acompañado del tercer personaje.

Shelton se puso en pie, y vio a un hombre perseguir al que había caído sobre el asfaltado; no obstante, antes de que pudiera ser alcanzado, éste saltó al estribo del automóvil en el que huían sus cómplices.

El muchacho avanzó hacia él, y entonces se dio cuenta de que se trataba del caballero vestido de gris que tanto llamara su atención en la sala del «Panamá». Su diestra empuñaba un arma, y miraba, con gesto decepcionado, hacia el coche que se perdía en la obscuridad de la calle.

—Fue muy oportuna su intervención —comentó observándolo con curiosidad—. Me cogieron por sorpresa, y creo que lo hubiera pasado mal de no llegar usted de modo tan providencial.

El desconocido volvióse, como si por vez primera se apercibiera de su presencia.

—No fue una casualidad el encontrarme cerca de este lugar —habló sonriéndolo—. Imaginé que tramaban algo contra usted, y decidí seguirle para cerciorarme de que mis sospechas no eran infundadas.

—¿Qué le indujo a suponer tal cosa? —inquirió, extrañado.

El otro guardó el arma, y señaló hacia la avenida con un movimiento de cabeza.

—¿Iba usted hacia allá? —Y como Shelton asintiese, añadió—: Lo acompañaré un rato. También tengo mi domicilio en esa dirección.

Echaron a andar en silencio. Shelton iba preguntándose, intrigado, quién era aquel misterioso personaje, y qué motivos le habían inducido en realidad a seguirle.

—Me llamo Shelton —le dijo, rompiendo aquel silencio—. Creo que todavía no le he dado las gracias por su ayuda.

—No debe agradecerme nada —sonrió su acompañante—. Supongo que se trataría de atracadores o de maleantes dispuestos a desvalijarlo. Vi a dos sujetos que cuchicheaban a espaldas suyas en el «Panamá», y salían apresuradamente apenas usted lo hizo. Se me ocurrió que iban a jugarle una mala pasada, y resolví seguirle. ¡Ahí! —añadió, deteniéndose—. Debo decirle, también, que mi nombre es Curdy, y que me encuentro accidentalmente en Nueva York.

Shelton estrechó la mano que le tendía.

—Celebro haberlo conocido, señor Curdy, y más en una ocasión un tanto apurada como la de esta noche. ¿Piensa estar todavía algún tiempo más en Nueva York?

—Sólo hasta pasado mañana. Sin embargo, he observado que es usted asiduo concurrente al «Panamá», y, si no le importara, desearía honrarme con su compañía en la velada de la noche próxima. ¿Tendrá en ello algún inconveniente, señor Shelton?

—Todo lo contrario, señor Curdy —respondió Dick, amablemente—. Nada me encantará más que poder charlar con usted, antes de su partida.

Separáronse en la esquina inmediata, y Shelton marchó a su domicilio.

A la mañana siguiente llamó por teléfono a Streimer, y le contó lo ocurrido aquella noche.

—No tengo noticia de que Joe Kay tuviera relaciones con ningún personaje llamado Curdy o que responda a la descripción que haces de él.

—Me invitó a compartir su mesa en la velada de esta noche. Creo que nada de cuánto ha sucedido ha sido debido a la

casualidad.

—Lo mismo opino yo, Dick. Y considero que harás bien en vigilarle y observar sus andanzas.

Así lo prometió al inspector, y no bien llegó la noche encaminóse al «Panamá».

Elegió la mesa que creyó conveniente, y esperó la llegada del hombre del vestido gris.

Tardó una hora en comparecer. Aquella noche vestía un traje oscuro, y se adornaba con una flor roja en el ojal. Al descubrir a Shelton, marchó directamente hacia él.

—Me retrasó una conferencia con mi secretaria —manifestó, excusándose—. Lamento que, siendo usted mi invitado, haya tenido que esperar tanto tiempo.

Tratábase de un hombre cortés y de una cultura nada común. Así lo pudo comprobar Shelton en el curso de la cena de aquella noche. Además, Curdy no desperdiciaba ocasión para hacer gala de su buen humor, hasta el punto de que Shelton hubo de confesarse que poseía una simpatía y un atractivo espontáneos que hacían singularmente agradable su trato.

Al terminar la velada, Curdy trató de invitarte a que le acompañara al hotel donde se hospedaba, para beber allí una última copa de champaña; pero esta vez fue el propio Shelton quien consiguió que prevaleciera su criterio de que la invitación tuviera lugar en su domicilio.

—Tiene usted un confortable aposento —elogióle Curdy, al entrar en el saloncito a donde lo condujo Shelton.

—Aquí vivieron ya mis padres —repuso el muchacho—. He tomado cariño a estas cosas, y me encuentro a gusto en él.

—¿Continuó usted la profesión de su padre? —preguntó, de pronto, Curdy, con la mayor naturalidad. Mas al advertir el gesto de Shelton, apresuróse a disculparse—. ¡Oh, Shelton! Le ruego me perdone que me haya entrometido en sus cosas particulares.

—No lo considero ninguna intromisión —apresuróse Shelton a responder—. Mi padre tenía algunos negocios, y luego continué yo con ellos. En realidad, no se trata de otra cosa que simples representaciones comerciales.

Ya no volvieron a hablar de aquel asunto, y, en tanto Curdy admiraba unas pinturas que colgaban de las paredes, Shelton

dedicóse a destapar una botella de espumoso champaña.

Mientras llenaba las copas, sonó el timbre del teléfono.

—No es una hora muy oportuna de llamar —justificóse Shelton, en tanto salía de la salita—. Hay quién marca el número estando algo mareado, y el resultado es que le desvela a uno para toda la noche.

Un minuto más tarde, regresaba.

—Lo que me suponía —sonrió, haciendo un gesto expresivo—. Preguntaban por una tal Rosalía.

Curdy sonrió, mientras se llevaba la copa a los labios.

—Buen champaña, Shelton —elogió—. No hay duda que es una joya más, entre las que guarda en su casa.

Bebieron otra copa, y Curdy se levantó para marcharse.

—Desearía verle mañana al mediodía, Shelton —le dijo, al despedirse—. Estará presente mi socio, y creo que podré hacerle una proposición que sin duda le interesará.

—¿Una proposición? ¿De qué se trata?

Curdy sonrió, con aire de misterio.

—Permítame que me reserve la sorpresa hasta mañana. Le espero a almorzar en el «Atlanta». ¿Puedo confiar en que acudirá, Shelton?

El joven estrechó la mano de Curdy.

—Iré al «Atlanta», aunque sólo sea para satisfacer esa curiosidad que ha despertado en mí.

Salió Curdy, y por algún tiempo dedicóse Shelton a reflexionar acerca de la verdadera personalidad de aquel individuo que de un modo tan singular se había cruzado en su camino.

Fumó todavía un cigarrillo antes de acostarse. Eran ya más de las tres, y comenzaba a vencerle el sueño.

Fue a su habitación, y acostóse. Unos minutos después, dormía profundamente.

Oía voces confusas a su alrededor; mas a pesar de los esfuerzos que hacía por abrir los ojos, no podía conseguirlo. Sentía como si alguien le zarandeara con violencia. Quiso protestar, pero sus labios sólo consiguieron emitir un apagado gemido.

Bruscamente, algo frío fue a dar a su rostro. Ahora, la reacción fue más violenta. Abrió los ojos, y pasóse una mano por la frente. Estaba mojada a causa del agua que le habían arrojado.

Se encontraba tumbado en una cama, y dos hombres le ayudaban a incorporarse. Luego, vio a otras personas moviéndose a su alrededor.

La habitación en que se hallaba le era desconocida. Por el aspecto debía tratarse del cuarto de un hotel o pensión. No comprendía cómo había llegado hasta allí, y entre las brumas que inundaban su cerebro, abrigaba la sospecha de que todo lo que estaba sucediéndole no era otra cosa que un sueño repleto de pesadillas.

Alguien acercó un recipiente a sus labios, y le dieron a beber un líquido de fuerte sabor. Lo paladeó unos instantes, dejándole en la boca sensación de amargor. El brebaje pareció aguzar la percepción de sus sentidos, y, tras un trabajoso esfuerzo, consiguió sentarse al borde de la cama.

Entonces se dio cuenta de que algunos de los que estaban allí llevaban el uniforme de la policía, y rodeaban a un individuo tendido sobre la alfombra. Debía estar muerto, a juzgar por el aspecto que ofrecía.

Antes de que pudiera hacer la menor deducción, uno de los hombres se encaró con él, y le mostró una pistola que sujetaba por el cañón.

—¿Qué sucedió entre los dos, antes de disparar contra él? —preguntó a bocajarro.

—¿Disparar... contra quién? —balbució, con gran esfuerzo.

—No pretendas engañarnos —insistió el policía—. El golpe que recibiste antes de librarte de ese hombre, te impidió poder escapar. El dinero y su cartera estaban en tus bolsillos, y va a serte difícil probar que no fuiste tú quien le quitó de en medio.

—Déjame coordinar mis ideas —suplicó, haciendo un nuevo esfuerzo por poner un poco de orden en su cerebro.

—Ya lo intentarás en los calabozos —replicó el agente, con un deje de burla.

Shelton sintió cómo las esposas cerrábanse en torno a sus muñecas, y cómo unas manos robustas cogíanle de los brazos, obligándole a levantarlo.

Aturdido, dejóse conducir hasta la comisaría del distrito. Allí, el inspector de guardia lo contempló brevemente, antes de tomarle declaración. Sin embargo, en los pocos minutos del trayecto,

Shelton fue recobrando el paulatino dominio de sus facultades.

—Es un caso de asesinato, Keegan —dijo uno de los agentes—. Anota su filiación, y dentro de media hora vendrá Arthur a tomarle declaración.

—¿Cuál es su nombre? —comenzó el inspector, mirándolo con curiosidad.

—No puedo contestar si no está presente el inspector Streimer —replicó, con decisión.

El policía quedósele mirando, y frunció el entrecejo.

—¿Streimer? ¿Para qué desea ver a Streimer? ¿Cree que le va a sacar del apuro, sólo porque le conozca?

—Es mejor que haga lo que le digo, o de lo contrario va a tenerlo que lamentar. Dígale que han detenido a Shelton, y que no quiere hablar si no está él presente.

Ponía tal convicción en sus palabras, que el inspector quedósele mirando, pensativo.

—Dejadlo en ese cuarto —ordenó a los policías, señalando una habitación contigua.

Inmediatamente tomó el teléfono, y pidió comunicación con el inspector Streimer, del

F. B. I.

Media hora más tarde, la puerta de la celda abríase para dejar paso a Streimer.

—¿Qué diablos ha sucedido? —exclamó, mientras dirigíase al encuentro de Shelton.

—Eso es lo que yo quisiera saber, Streimer —repuso Shelton, levantándose del banco donde descansaba.

Y en pocas palabras le refirió cuanto recordaba de la velada, la última noche en el «Panamá», y de la visita que Curdy hizo a su domicilio.

—¡Vaya enredo en el que te han metido! —sonrió Streimer, observando el aspecto lamentable que presentaba el muchacho.

Llamó a uno de los agentes que habían intervenido en la detención, y le pidió una referencia de cuánto aconteció en la habitación del hotel.

—Parece ser que la víctima había alquilado una habitación para un solo día. El gerente y los empleados oyeron el disparo, y cuando acudieron, encontraron al inquilino con un balazo en el corazón.

Ese muchacho se encontraba sobre el lecho, sin sentido a causa del golpe que durante la lucha recibió. Todavía sostenía su mano el revólver con el que se libró del otro.

—¿Registraron sus bolsillos? —siguió interrogando Streimer, como si llevara a cabo una formalidad policíaca.

—Sí —asintió el agente—. Llevaba cierta cantidad de dinero, que debió quitar a su víctima. El sargento Laviett le informará de la suma exacta, y acerca de los otros objetos robados.

—Bien, gracias —terminó Streimer—. Puede marcharse.

Salió el agente, y nuevamente quedaron a solas Shelton y Streimer.

—¿Te das cuenta del lío en que te encuentras? —bromeó, mientras colocaba una mano en el hombro de su subordinado.

—Cierto, pero supongo que no irá usted a creer...

—Casi estoy tentado de creerlo —sonrió Streimer—. Sin embargo, ahora mismo iré a ver al coronel Percy, para explicarle lo que sucede y solicitar tu libertad.

Shelton se puso en pie. Acababa de ocurrírsele un plan que podía darle buenos resultados para solucionar aquel enigma y establecer la intervención de Curdy.

—Vaya a ver al coronel, pero no creo conveniente se me ponga en libertad. Es más; deberá aparecer la noticia de la detención de Richard Shelton, acusado de asesinato. Si eso era lo que intentaban conseguir, es preciso que lo crean y averiguar qué propósitos traen entre manos. Luego, puede trasladárseme a otro lugar, y durante el trayecto preparar una fuga que me devuelva la libertad de acción. Tan pronto me encuentre al margen de la Ley, podré desenvolverme sin trabas entre los malhechores y gente del hampa.

Streimer quedósele mirando, pensativo. Evidentemente se daba cuenta de los ambiciosos propósitos de Shelton, y de que ellos le facilitarían el medio de averiguar aquellos extraños acontecimientos.

—Bien, Dick —dijo al fin—. Si es eso lo que deseas, yo mismo me encargaré de que todo se realice en forma tal, que aparezca rodeado de una naturalidad libre de toda sospecha. ¿Quieres que interceda para que te resulte más llevadera la estancia en la prisión?

—Me parece mejor dejarlo tal como está —sonrió el muchacho, estrechando la mano que le tendía.

Aquella misma tarde, la prensa publicaba la noticia de lo ocurrido en la habitación del hotel. Sin embargo, aparte de los más indispensables, no se daban demasiados detalles del hecho.

Shelton fue trasladado a la prisión central, y allí se le destinó a una celda en la galería de los acusados por asesinato.

Tres días más tarde apareció la noticia de que todas las pruebas coincidían en condenarle como culpable de la muerte del inquilino de la habitación 201 del hotel en que fue detenido, y que se había dispuesto su traslado a la cárcel de Trenton, en donde se iba a celebrar la vista del proceso.

La víspera misma del día señalado para la partida, Streimer fue a verlo a la celda.

—Todo está arreglado para que mañana puedas escapar —le dijo el inspector—. Además del conductor, te acompañarán dos agentes. Los dos quedarán dormidos, apenas salgáis de Nueva York. Las esposas que te colocarán, tienen los muelles estropeados. Podrás quitártelas fácilmente. Antes de llegar al cruce de Windfield, un automóvil en el que aguardarán algunos de nuestros hombres, simularán un asalto y te sacarán del coche. Sólo será preciso que inmovilicéis al conductor, procurando que no sufra el menor daño. ¿Entendido, Dick?

—Perfectamente —asintió.

—No olvides —añadió el inspector— que en adelante deberás arreglártelas por ti mismo, aunque será conveniente que, de vez en cuando, das noticias de tu paradero y de lo que vayas averiguando. No dudo que este asunto te agradará.

—Es algo mejor que lo de Joe Kay, aunque hubiera preferido lo que se le dio a Brunner.

Streimer cogióle del brazo, sonriente.

—Algún día llegarás a eso. Por el momento, ya tienes dónde probar tus habilidades, siempre que no tropieces y te rompas los dientes.

Streimer salió de la celda y dejó a Shelton sumido en un mar de cavilaciones.

A la mañana siguiente, apenas amaneció, fue sacado de la celda y conducido a un coche que aguardaba a la puerta de la cárcel.

Tal como le informara Streimer, sólo dos agentes, además del conductor, habían sido designados para la vigilancia durante el

traslado.

Se le colocaron las esposas, operación que verificó un inspector que había visto en cierta ocasión en el despacho de Streimer, y que indudablemente estaba en el secreto de lo que iba a suceder. Luego, sentado entre los dos policías, advirtió cómo se ponían en marcha y atravesaban velozmente las calles de la ciudad.

Los dos agentes que lo custodiaban eran bastante jóvenes. Posiblemente, habrían sido elegidos por su inexperiencia, con lo que se facilitaba la consumación del plan imaginado por Streimer.

A pesar de todo, Shelton ignoraba si el sopor que iba a invadirles sería real o bien, únicamente, imaginario.

Atravesaban los barrios extremos de Knigsbridge, cuando el que se sentaba a la derecha de Shelton, comenzó a bostezar ruidosamente.

—Parece que no has dormido muy a gusto —le dijo el otro, al advertirlo—. ¿O, acaso, te dio por trasnochar más de lo debido?

—Nada de eso —repuso, reprimiendo un nuevo bostezo—. Nunca dormí tan bien, y creo que volvería a hacerlo de nuevo.

—¿Quieres un cigarrillo?

Su compañero alargó la mano por delante de Shelton, y tomó el que le ofrecían.

—Espero que no te molesta el humo —le dijo burlón.

El de la cajetilla la mostró a Shelton.

—¿Quieres tú uno?

—Gracias —contestó, indiferente.

Vio cómo el policía tomaba uno de los cigarrillos y lo colocaba entre sus labios.

Sin embargo, no lo encendió. De reojo advirtió Shelton cómo pasaba una mano por su frente, por la que corrían gruesas gotas de sudor.

—¡Diablos! ¡Vaya calor que hace aquí dentro!...

Su compañero se había acostado en un ángulo del vehículo, y tenía los ojos entornados.

Shelton miró por la ventanilla, observando que corrían a grata velocidad por la carretera que conducía a Newark.

Evidentemente, el soporífero administrado a los dos agentes había hecho sus efectos mucho antes de lo esperado, ya que el cruce de Windfield se encontraba todavía bastante lejos.

Shelton aguardó unos minutos más, hasta cerciorarse de que los que le custodiaban habían sucumbido a la droga que les administraran. Entonces, forcejeó con las esposas, comprobando que cedían a los primeros intentos.

Guardólas en su bolsillo, y echó una ojeada al conductor a través de la mirilla practicada en el tabique de separación.

En aquel momento, los frenos chirriaron violentamente, y el coche se detuvo. Alarmado, Shelton comprobó que todavía faltaba bastante recorrido para alcanzar el cruce señalado por Streimer. Posiblemente, algo había fallado...

Sin embargo, no tardó en cerciorarse de que había llegado el momento preciso. Unas voces conminatorias se escuchaban en el exterior, y la figura del conductor, levantando los brazos, era una prueba evidente de que no se equivocaba.

De una violenta patada abrió la portezuela, y saltó del vehículo.

Tres hombres empuñando sendas pistolas, apuntaban hacia el coche, en tanto un cuarto procedía a inmovilizar al sorprendido agente.

—¡Aprisa, Shelton! —le gritó uno de ellos, al verlo aparecer—. ¡Echa a correr hacia los árboles!

Obedeció instintivamente, dirigiéndose hacia un bosquecillo situado a muy escasas yardas de la carretera.

Al llegar a él, volvióse un instante, uno de los asaltantes había subido al coche, y lo desviaba por un camino lateral. Entonces, decidióse a penetrar en la espesura y aguardar la llegada de sus salvadores.

III

El que parecía dirigir el grupo de sus liberadores, no tardó en llegar a dónde aguardaba.

—Sígueme —le dijo simplemente.

Shelton fue tras él hasta un pequeño claro, cerca del camino transversal. En el suelo había unas ropas, y más allá de los árboles veíase un automóvil color limón.

—Quítate esas ropas, y ponte las que hemos traído —le dijo su guía, mostrándole el hato que había junto al árbol.

—¿Es necesario? —preguntó Shelton, extrañado.

—Tienes que hacerlo así —replicó el otro, secamente—. Es lo que se nos ha ordenado.

Hizo tal como se le indicaba. Tan pronto hubo concluido, procedió a sacar de los bolsillos cuanto llevaba; pero el desconocido le contuvo.

—Es preciso que dejes algunos efectos de tu propiedad. Llévate únicamente lo que tengas en más estima.

Aunque todo cuanto sucedía le parecía extraño, hizo lo que se le ordenaba, sin replicar. Si Streimer había dado aquellas órdenes, no debía poner ningún impedimento, por muy disparatadas que le pareciesen.

Vio cómo aquel hombre cogía sus ropas, y hacía con ellas un pequeño fardo. Luego, le indicó el coche color claro.

—Sube ahí, y aguarda a que regrese.

Fue hasta el automóvil, y metióse en él. Al volante estaba ya uno de los que, en la carretera, intimidaron al conductor de la furgoneta policial.

—Ha sido un buen golpe, ¿eh? —sonrióle amistosamente—. Siempre que me encargan de hacer una faena de esa clase, me divierto como un chiquillo con su mejor juguete.

Shelton lo miró, asombrado. Aquel individuo hablaba de lo

sucedido como si fuera algo que se repitiera con frecuencia. Fumaba tranquilamente su cigarrillo, mientras dirigía continuas miradas hacia atrás, tal vez esperando a que los demás terminaran su labor, y pudieran alejarse de aquellos parajes.

Tardaron unos diez minutos en aparecer los tres hombres que faltaban. En silencio subieron al automóvil, y continuando por aquel mismo camino, no tardaron en salir a otra carretera que se dirigía hacia el norte.

—¿A dónde nos dirigimos? —decidióse al fin a preguntar, intrigado por aquel cambio de ruta.

—Se nos ha ordenado que te conduzcamos a Albany. Allí te espera la persona con la que debes ponerte en contacto.

No quiso insistir, ya que estaba seguro de que Streimer habría cuidado hasta de los más insignificantes detalles. Dedicóse a contemplar los lugares que recorrían, y cuando no lo observaban, estudiaba a cada uno de los ocupantes del vehículo.

Unas millas antes de llegar a Albany, el automóvil tomó una carretera poco frecuentada, y a los pocos minutos deteníase ante una edificación de madera. No lejos veíase un bosque de pinos, y en sus inmediaciones aparecían desperdigadas hasta una docena de construcciones semejantes a la primera. Más allá, debía haber alguna fábrica. Desde donde se hallaba, Shelton podía distinguir las altas chimeneas, de las que escapaban densas columnas de humo pardusco.

—No creí que fuera necesario traerme tan lejos —comentó, sin disimular la extrañeza que tal cosa le causaba.

Nadie le respondió. Únicamente el hombre que le obligó a cambiar de ropa, le hizo una seña para que lo siguiera.

Juntos subieron los peldaños que conducían hasta la casa, y una vez en ella indicó al joven una salita para que aguardara.

Shelton entró allí, y dedicóse a examinar con curiosidad los objetos que encerraba. Estaba en esta ocupación, cuando oyó la puerta abrirse de nuevo. Volvióse para ver quién era el que había entrado, y al descubrirlo estuvo a punto de lanzar una exclamación de asombro.

Ante él, y vistiendo el mismo traje gris con que lo conociera en el «Panamá», estaba el propio Curdy. Sonreíale amistosamente, y al avanzar hacia él tendíale su diestra, con gesto franco y cordial.

—¡No sabe cuánto celebro verlo por aquí, mi querido Shelton! —exclamó—. No iría a suponer que lo iba a dejar metido en el mal paso que dio hace unas noches.

Aquella inesperada aparición terminó por sumirlo en un mar de confusiones. Si esperaba encontrar a alguien en aquella casa, no era dicha persona, precisamente, el llamado Curdy.

Sin embargo, en un segundo intuyó Shelton que la suerte se le mostraba singularmente propicia al conducirlo, de nuevo, ante el hombre causante de cuanto le sucedía. Ahora ya no dudaba de ello, ni resultaba un misterio la circunstancia tan anómala de su liberación.

Estrechó la mano de aquel hombre, y procuró dar a su semblante la expresión más apropiada en aquellos momentos.

—Sé lo que se ha arriesgado para librarme de la policía —dijo con voz que parecía conmovida—; pero no ignoro a lo que se ha comprometido dando un paso así.

—¡Bah! —rió Curdy, indiferente—. Me enteré del apuro en que se encontraba, y me dije que no debía abandonarle a una suerte tan dura como la que le esperaba en...

Se interrumpió, y sus facciones ensombreciéronse un instante.

—La silla eléctrica —terminó Shelton, como si se estremeciera—. No crea que ignoro cuál iba a ser mi condena; pero le juro, Curdy, que yo no maté a aquel hombre —añadió con vehemencia—. No sé quién era, y todavía no he llegado a comprender cómo me encontraba en aquella habitación del hotel.

—Y yo le creo, Shelton; pero a la policía no se la convence fácilmente. ¿No se le ha ocurrido pensar si tenía algún enemigo... alguien que intentara vengarse por odios o pequeños rencores de los que, aun sin proponérselo, creamos en torno nuestro?...

—No tengo la menor idea —murmuró, moviendo la cabeza, como si tratara de recordar.

—De todos modos, es indudable que trataban de desembarazarse de usted. Lo que importa es que ya no irá a la silla eléctrica, y aquí podrá sentirse seguro y sin temor a que vengan a molestarlo.

Shelton movió la cabeza, sonriendo irónicamente.

—Si cree que la policía se va a conformar con eso...

—La policía no vendrá a buscarlo aquí ni se molestará en hacer demasiadas averiguaciones —replicó Curdy, con voz en la que se

escondía una velada amenaza.

Shelton no pudo evitar un ligero estremecimiento. Por un instante temió que aquel individuo estuviera al corriente de sus intenciones y conociera a fondo los planes de Streimer para simular aquella farsa.

—Parece muy seguro al hablar en esa forma —observó, no obstante.

Pero la aclaración de Curdy sólo sirvió para aumentar su confusión.

—La policía no busca a un muerto, y para ella, usted, Shelton, ha muerto esta mañana en un asalto al coche que le conducía a Trenton.

Shelton lo miró, intrigado, tratando de adivinar el significado de aquellas palabras; pero Curdy, apoyando una mano en su hombro, lo condujo hasta una habitación contigua, donde aguardaban los hombres que habíanlo llevado hasta allí.

—En adelante, Shelton, vivirá aquí —le dijo—. Nada habrá de faltarle ni habrá de temer de nadie, mientras se muestre conforme en lo que se le ordene. No olvide que usted ha muerto para la policía; pero que la más ligera indiscreción puede aún llevarle al lugar del que acaba de escapar providencialmente. No tiene que hacer otra cosa que olvidar su pasado, y adaptarse a la nueva situación que se le irá mostrando. Para ello ya no es conveniente que siga llevando el nombre de una persona que ha muerto. Richard Shelton murió a manos de unos desconocidos, mientras era trasladado a la prisión de Trenton. Ahora se llama William Pace, y es propietario de las fábricas de productos químicos «Pace and Warty, Chemical Man.», de Albany.

—¿William Pace...? —repitió sorprendido—. ¿Y quién es Warty?

—Warty soy yo, amigo Shelton. Ya no es necesario que me llame Curdy. Y debo advertirle —sonrió, guiñando un ojo— que ése es mi verdadero nombre.

—Bien; pero el verdadero Pace...

Warty hizo un gesto ambiguo, al tiempo que se encogía de hombros.

—Más adelante, sabrá de él. De todos modos, debo advertirle que no tiene que inquietarse lo más mínimo. Si no le parece mal, podemos prestarle el nombre que usted acaba de dejar.

Hasta la mañana siguiente no comenzó Shelton a conocer el verdadero alcance de los propósitos de Warty. No bien hubo dado cuenta del desayuno que le sirvieron en el mismo aposento que se le designó, cuando uno de los hombres de Warty presentóse para acompañarlo al despacho de éste.

Tuvieron que cruzar por entre los edificios de la colonia, hasta alcanzar una sencilla y rústica construcción donde estaban instaladas las oficinas de la compañía.

En aquella primera salida no tardó Shelton en darse cuenta de que el nombre de la razón social «Pace and Warty, Chemical Man.». Resultaba en demasía pomposo para la importancia de las instalaciones que por allí se veían.

Las instalaciones se reducían a dos naves, provistas de sus correspondientes chimeneas, y a una docena de barracones para alojamiento de los obreros. Los otros dos edificios se destinaban a oficinas y viviendas de los dirigentes.

Antes de entrar en el despacho de Warty, pasaron por un cuarto donde una joven de unos veinticinco años, pecosa y de cabello rojizo, tecleaba en una máquina.

—¡Buenos días, señor Pace! —saludó, levantándose—. Celebro verlo de nuevo por aquí.

—Gracias —dijo, simplemente, porque fue todo lo que se le ocurrió en aquel momento, y porque no sabía si le estaba permitido hablar algo más que las simples palabras de cortesía.

Su acompañante empujó una puerta, y se hizo a un lado para permitirle el paso.

Entró en un despacho sencillamente amueblado. Warty se hallaba ya en él y levantó la cabeza al verlo entrar. Hizo un gesto al otro, para que cerrara la puerta.

—¡Buenos días, Pace! —saludó en voz alta—. ¿Ha descansado bien, después de su viaje por Europa?

—Bien, gracias —repuso, acercándose a la mesa tras la cual se sentaba John Warty.

El acompañante de Shelton abandonó el despacho, y los dos hombres quedaron a solas.

—Siéntese ahí —invítóle Warty, indicándole un sillón—. Voy a imponerle brevemente acerca de su nueva situación, ya que es mejor que empiece cuanto antes a dejarse ver de los empleados.

Shelton dirigió una rápida ojeada por aquella habitación, deteniendo la mirada sobre unos periódicos que había sobre la mesa de Warty.

—¿Es ésa la prensa de esta mañana? —preguntó, interesado.

—¡Ah, sí! —dijo Warty, tomando los periódicos y examinándolos brevemente—. Supongo que sentirá curiosidad por saber lo de ayer.

Y le alargó uno de los ejemplares.

Shelton lo tomó, y buscó la referencia de lo sucedido en la carretera de Trenton.

De pronto halló lo que le interesaba. Y el corazón le dio un vuelco al leer los titulares.

«El asesino Shelton muere a manos de unos desconocidos cuando se lo trasladaba a la prisión de Trenton».

Luego seguía la información, donde se daba cuenta, de que el coche que lo conducía, había sido encontrado en un paraje próximo a la carretera, con los dos agentes y el conductor inmovilizados por fuertes ligaduras. El cadáver del presunto Shelton fue hallado a poca distancia del vehículo, y presentaba cinco orificios de bala en distintas partes del cuerpo.

Luego pudo Shelton contemplar unas fotografías del vehículo y el cadáver del presunto preso, y su asombro no tuvo límites cuando comprobó el extraordinario parecido que con él tenía.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó a Warty, que lo observaba en silencio, mientras sus labios distendíanse en una enigmática sonrisa.

—Ésa es la aclaración de lo que le dije ayer —repuso—. Shelton murió a manos de unos desconocidos. ¿Es que, acaso, le queda alguna duda?

—Creo que no —contestó, volviendo a contemplar las fotografías—. Pero lo sucedido sólo puedo tener una significación —y señalando la fotografía del muerto, preguntó:

—¿Pace?

Warty asintió, con un movimiento de cabeza.

—Hubiera podido pasar muy bien por su hermano gemelo —indicó—. Tal vez ahora se explicará mi sorpresa cuando lo vi a usted, la primera noche que entré en el «Panamá». Fui a Nueva York

a esperar el barco en el que regresaba de Europa, y desde el primer momento se me ocurrió un plan que podía proporcionarme cuánto desde mucho tiempo antes ambicionara.

—Creo que ya entiendo —murmuró Shelton, sintiendo en su interior una creciente indignación y repugnancia contra aquel Warty.

—Sé lo que está pensando, Shelton —siguió su interlocutor—, pero de haber conocido a Pace, posiblemente estaría de acuerdo en que hice un inmenso bien a la Humanidad al quitarlo de este mundo. William Pace era el ser más diabólicamente perverso que pueda imaginarse. Tal vez compruebe las pocas simpatías de que gozaba, cuando vaya tomando contacto con el personal de la empresa que ahora está a sus órdenes.

—No me interesa —replicó, secamente—. ¿Puede decirme ya qué finalidad persigue con esa trágica burla?

Warty quedósele mirando fijamente. Luego se puso en pie y marchó hasta él, quedando algún tiempo en actitud de reflexionar.

Shelton comprendió que debía seguir un camino completamente distinto al que le mostraban sus impulsos, y trató de rectificar.

—¿Se ha dado cuenta de lo que para usted supone el descubrirse que Richard Shelton vive todavía? —inquirió John Warty, no sin emplear un cierto tono de amenaza.

El muchacho inclinó la cabeza y no respondió.

—Debe reflexionar acerca de cuál es su situación, Shelton —continuó Warty—. Ahora es usted el director de unas industrias químicas que le proporcionarán considerables beneficios. Pace era un estorbo para mis planes, y decidí suprimirlo, aunque no hice más que anticiparme a lo que él estaba tramando contra mí. Pronto seré el dueño de una inmensa fortuna y usted también se beneficiará de ello. Sólo tiene que seguir desempeñando el papel de William Pace. No tropezará con muchas dificultades, ya que apenas si se dejaba ver por aquí, y no tenía familiares próximos. Nadie le quería, y todos lo temían cuando no lo odiaban. Usted, a mi lado, dispondrá de cuanto se le antoje. Yo necesito de su sombra para llevar a cabo mis planes. No ignoro, Shelton, que podría denunciarme, pero no es menos cierto que en mi camino a la silla eléctrica, sería usted mismo el que me acompañaría. Creo, pues, que será mejor que procuremos ponernos de acuerdo para el buen éxito de nuestros

asuntos.

Shelton levantó la cabeza, y su mirada cruzóse con la de Warty. Le había producido la misma impresión que la de un viscoso reptil al resbalar por su piel. No obstante, hizo un esfuerzo para sonreír y tenderle la diestra en señal de asentimiento.

—Puede contar conmigo, Warty. Tal vez ése Pace no haya obtenido sino su merecido.

Una sonrisa de satisfacción reflejóse en los ojos de Warty.

—Sabía que era usted un muchacho inteligente, Shelton —dijo—. Ahora le hablaré de lo más importante en lo referente a la empresa, y luego le llevaré para que todos se den cuenta de que William Pare ha regresado de Europa, y que, en adelante, piensa encargarse más directamente de los negocios que le corresponden.

Dos horas más tarde, se encontraba solo en el despacho. Warty había salido, desconcertándolo una vez más al entregarle la llave de una caja fuerte en la que se guardaban veinticinco mil dólares.

La señorita Barry, que en unión de un muchacho de unos dieciocho años llevaba los asuntos administrativos de la empresa, entró tan pronto Warty hubo abandonado el despacho.

—Supongo deseará examinar los asuntos pendientes —hablóle con una sonrisa mezcla de curiosidad y tímido acatamiento—. Ya que está usted aquí, es de suponer que en adelante querrá firmar todos los documentos.

Shelton denegó con un movimiento de cabeza.

—El señor Warty seguirá encargándose de ello.

La señorita Barry quedóse mirando los paneles que llevaba en la mano y luego dirigió la mirada a su alrededor, como si temiera haberse entrometido en algo y estuviera dándose cuenta del mal paso.

—Perdone —intentó excusarse—. Yo había creído...

—Es lógico que usted lo creyera —sonrióle Shelton, para disipar su turbación.

—Gracias —murmuró aun—. Buenos días.

Cuando hubo cerrado la puerta, Shelton sentóse a la mesa y dedicóse a examinar cuántos papeles había en ella. La mayoría se referían a compras de diversas substancias para la fábrica, contratos de venta de algunos de los productos allí elaborados, y estados de cuentas que no revelaban nada de particular.

No se le alcanzaban los verdaderos propósitos de Warty al haberle introducido en aquel lugar donde parecía dominar a su antojo. Por el momento, sólo aparecía en claro que, apoyándose en su parecido con Pace, se había desembarazado del propietario de la fábrica con fines puramente ambiciosos y egoístas. También era innegable que Pace debía aparecer por allí muy de tarde en tarde. Nadie le conocía bien, aunque podía deducirse que si algún sentimiento había despertado, no era otro que un absoluto desprecio y un odio inmenso hacia su persona.

Ahora ya no dudaba que era Warty el que había tramado todo cuanto le sucediera en Nueva York. Aquel hombre había planeado una hábil maniobra encaminada a poner en sus manos la propiedad de aquella industria. «Pero —pensaba Shelton— ¿puede justificar tan reprochable proceder, la posesión de una fábrica que apenas si merece el nombre de tal?».

Unos golpes que resonaron en la puerta, sacáronle bruscamente de estas reflexiones. Antes de que diera su consentimiento, vio abrirse aquélla y entrar en el despacho a una mujer muy joven y de cabello que reverberaba a la claridad de la mañana con reflejos de oro.

Inmediatamente detrás, apareció en el umbral la figura asustada de la señorita Barry, pero Shelton le hizo una seña para que se retirara.

Entonces pudo darse cuenta de que su visitante era una linda muchacha que, posiblemente, no habría cumplido aún los veinte años. Tenía unos lindos ojos amatista que Shelton no dejó de admirar, aun cuando en aquel momento parecían despedir destellos de mal reprimida indignación.

—¿Por fin ha decidido volver, señor Pace? —Fue su saludo, en el que el muchacho advirtió un marcado tono de ironía.

—Ya ve como sí —limitóse a responder—. ¿Quiere sentarse?

La muchacha miró el sillón que Shelton le ofrecía, y sus labios esbozaron una mueca en la que había desprecio y repugnancia a un tiempo. Luego, forzó una risa extraña.

—El viaje por Europa lo ha devuelto cambiado —dijo—. Casi estoy por decir que no parece el mismo.

—No se fíe de las apariencias. Y si quiere decirme lo que le ha movido a vernos.

La joven lo miró, como si le extrañara aquella pregunta.

—Usted me aseguró que vendría a suplicarle, y puede ver que no he tenido otro remedio que hacerlo. Supongo seguirá manteniendo su oferta.

—Desde luego —repuso, sin saber a dónde le llevaría aquella violenta conversación con la linda muchacha.

La vio hacer un esfuerzo para serenarse. Luego, dijo:

—Señor Pace, he venido a buscar los mil dólares que me ofreció antes de su marcha a Europa.

Dick Shelton entornó los ojos, y mentalmente trató de buscar una airosa salida a tan desconcertante situación.

—Entonces... —habló en voz baja—. Eso quiere decir...

—Que ha ganado usted. Posiblemente ahora estará pensando que mil dólares es mucho dinero para comprar a una criatura como yo. ¿O, acaso, los aires de Europa le han vuelto regenerado para comprender toda la vileza de su proposición?

—Bien —suspiró, aliviado—. Si es eso lo que la preocupa, dela por no hecha.

La muchacha arqueó ligeramente sus finas cejas, y lo miró, asombrada.

—Pero yo necesito esos mil dólares. Usted sabe que George no puede huir sin el dinero necesario. Si sigue aquí, lo matarán o...

Se interrumpió y miró en torno suyo, asustada, como si temiera que alguien hubiera estado escuchándolos.

—No tema —tranquilizóla—. No hay nadie que pueda oírla.

Ella dejóse caer en el sillón, y las manos crispáronse con fuerza en sus rodillas.

—He venido en busca del dinero —dijo, como si le restara un enorme esfuerzo.

—¿Y cree que merece la pena sacrificarse así por otra persona?

—Usted no puede comprender que dos hermanos como George y yo se quieran de verdad, y que uno de ellos no vacile en sacrificarse por el otro. Para ello, necesitaría que le cambiaran el alma.

Shelton quedó pensativo. Intuía un nuevo drama en las maquinaciones de Warty y Pace, y debía ingeniárselas para obtener de él todo el provecho que requería la misión que llevaba entre sus manos.

—Puede decir a su hermano que le entregaré personalmente el

dinero tan pronto venga a verme —manifestó, al fin.

—¿Y cree que George iba a consentir la monstruosidad que ha ideado? —exclamó, poniéndose en pie y acercándose a Shelton, que por un momento temió le hiciera blanco de su ira—. ¡Él ni siquiera puede sospechar que es usted quien me lo proporciona! De lo contrario... tenga por seguro, señor Pace, que iría en su busca y lo mataría como a la más repugnante de las alimañas.

El presunto William vaciló. Mas, enseguida se repuso.

—Necesito ver a su hermano antes de que se marche —insistió—. Nada sospechará de lo que hemos estado hablando. Luego, ya podrá venir a recoger el dinero.

Vio a la muchacha titubear. Se puso en pie y dirigióse hacia la puerta.

—Está bien —accedió—. Esta misma, tarde vendrá George a verlo, y antes de que anochezca volveré para que me entregue los mil dólares.

Y sin otra palabra de despedida, la misteriosa visitante abrió la puerta y salió del despacho, dejando a Shelton sumido en un sinfín de confusiones.

IV

Tommy Brunner tenía la particularidad de trabajar siempre sobre una base firme, aunque para ello tuviera que sacrificar la rapidez y la espectacularidad en cuantas misiones se le confiaban.

Cuarenta y ocho horas después de haberle confiado Streimer el trabajo de descubrir a los contrabandistas del misterioso compuesto básico para la lubricación de potentísimos explosivos, ya había averiguado bastantes cosas acerca de uno de los hombres hallado muerto a bordo de la lancha en la que pretendían sacar del suelo americano los frasquitos del preciado líquido.

Al día siguiente de la desaparición de Shelton, Tommy Brunner compareció en el despacho de inspector jefe del Departamento Especial.

Hallábase Streimer enfrascado en la contemplación de unas fotografías del cadáver hallado a poca distancia del coche policial, cuando penetró Brunner, con el semblante animado por una enigmática sonrisa.

—¡Buenos días, inspector! —saludó campechano. Mas, al darse cuenta de lo que estaba haciendo— Streimer, inquirió: —¿Qué misterio es ése con que habéis envuelto a ese novato de Shelton?

Streimer se levantó de la mesa, y estrechó la mano de Brunner.

—No sé, Tommy —contestó—, pero tengo la impresión que hemos metido a Shelton en un pequeño lío. Y lo peor es que no sé si el muchacho conseguirá salir de él.

—Pero esas noticias... y las fotografías...

—Otro misterio que no consigo descifrar. Prometí a Shelton librarlo de los agentes que lo conducían a frentón, pero mi plan no llegó a realizarse. A Shelton lo sacaron del coche y se lo llevaron antes de que mis hombres pudieran intervenir.

—Sin embargo, el cadáver que fue encontrado cerca del automóvil...

—Se trata de un individuo cuyo parecido con Shelton es extraordinario, pero lo esencial es que no se trata de nuestro hombre. Por el momento, ha sido necesario hacerlo aparecer como si en realidad la víctima no fuera otra que él.

Brunner permaneció unos segundos en actitud reflexiva.

—Quizá cuando menos lo pensemos, nos sorprenda con algo sensacional —dijo, al fin—. Mientras tanto, veré de encontrar a la mujer de ojos verdes y facciones de aire oriental, con la que el tipo ese de la cicatriz en la sien solía verse en los tugurios de Muttery Street.

—¿Has averiguado su nombre?

Brunner sacó un cuaderno de apuntes, y lo hojeó brevemente.

—Se llamaba Red Bleight, y parece ser que no tenía profesión fija. Su fuerte estaba en el contrabando, especialmente de drogas. Ello le producía relativas ganancias. Posiblemente, su conocimiento con la mujer que estoy buscando, le proporcionó el negocio que terminó con sus aventuras.

Guardó la libreta, y tomó uno de los periódicos que Streimer había estado examinando.

A diferencia de Shelton, Tommy Brunner era ya un hombre maduro. A pesar de haber sobrepasado los cuarenta, su robusta complexión y su agilidad y dinamismo, fruto de una actividad sabiamente reglamentada, le hacían aparecer en la plenitud de sus facultades. Para Streimer no había otro en el

F. B. I.,

que le igualara, cuando de resolver un caso difícil se trataba. Ello hacía que se pensara en Tommy Brunner cada vez que el Departamento de Estado o el de Defensa recurrieran a los jefes del prestigioso organismo a fin de requerir sus servicios.

—Cualquiera diría que es el hermano gemelo de Shelton —sonrió, contemplando las fotografías del muerto—. De no ser ese embrollado asunto de los frascos de esencia, me dedicaría a averiguar en qué enredo han metido a Shelton.

—Sin embargo —opinó Streimer—, tengo confianza en que el muchacho sabrá desenvolverse con soltura. A pesar de su escasa experiencia, tiene exigentes dotes que harán de él un valioso colaborador.

Tommy Brunner sacó un cigarrillo, ofreciendo otro a su

superior...

—Esta misma noche iré a dar una vuelta por Muttony Street. No me cabe duda que de allí saldrá la pista que necesito para averiguar la procedencia de los frascos llenos de ese extraño compuesto.

—¿Y de la fábrica elaboradora de los envases?

Brunner hizo un gesto de menosprecio.

—Eso no conducirá a nada. Envases de ese tipo se fabrican a millones, y son servidos a infinidad de clientes y revendedores. Sólo conseguiríamos perder un tiempo que nos es muy precioso. Cuando en un asunto de esa índole anda metida una mujer, es hacia ella a dónde deben dirigirse nuestros pasos. Creo que los franceses tienen mucho que decir en esta cuestión —añadió, guiñando un ojo a su superior.

—Bien, Tommy —despidióle Streimer, al tiempo que lo acompañaba hasta la puerta—. Si necesitas ayuda de alguien, no dudes en pedirla. Muttony Street no es un lugar muy recomendable para un desconocido.

—Pero no pretenderás que busqué a esa dama con dos sabuesos guardándome la espalda —rió de buen humor.

—Sé de muchas que dieron bastante más trabajo que los peores criminales, y dudo que hayas olvidado a cierta mejicana que te hizo pasar muy malos ratos.

Brunner emitió un silbido de sorpresa, y tras encogerse de hombros, salió del despacho del inspector jefe.

Aquella misma noche cambió sus ropas por otras más en consonancia con el trabajo que iba a desempeñar y dirigióse hacia uno de los más apartados suburbios del Bronx.

En varias ocasiones había pasado por Muttony Street, por lo que, a pesar del tiempo que llevaba sin frecuentarla, recordaba con singular perfección todos y cada uno de los antros por ella diseminados. Desde las tiendas de antigüedades y los bazares de estilo oriental hasta los garitos de juego y clandestinos fumaderos de opio, nada había escapado a la perspicaz mirada del hábil inspector del

F. B. I.

El cafetín de Huan Li estaba situado en una travesía de Muttony Street. Huan, además de ser uno de los pocos comerciantes honrados de aquel barrio, tenía en su haber la circunstancia de

facilitar la labor de la policía en múltiples ocasiones en que ésta se vio precisada a internarse por aquel laberinto de oscuras y traidoras callejuelas. El chino era uno de sus mejores confidentes, y Brunner había ya trabado relación con él las dos veces en que le fue necesario utilizar sus servicios.

Aquella noche, desde detrás del reluciente mostrador que le servía para vigilar a los clientes y sospechosos que acudían al cafetín, Huan Li advirtió la presencia de Brunner, y lo reconoció al instante, a pesar de las ropas que vestía. Inmediatamente se dijo que el inspector había acudido allí a solicitar su ayuda. Por ello, apenas tuvo un instante libre, se acercó a la mesa donde Brunner se entretenía en sorber el contenido de un curioso recipiente de porcelana labrada, que acababan de servirle.

—¡Bienvenido sea a mi humilde morada, Míster Brunner! — saludóle, en tanto sonreía a través de sus ojillos menudos y brillantes.



¡Bienvenido sea a mi humilde morada, mister Brunner!

—¿Qué novedades hay por esos infiernos, Huan? —preguntó, mientras examinaba a cuántos ocupaban aquella sala.

—¿Ésa es una pregunta que sólo usted puede contestar? *Mr. Brunner* —repuso, dejando escapar su risa apagada o inexpresiva—. Cuando se digna visitar a su humilde amigo, no hay duda que algún

poderoso motivo lo induce a ello.

Brunner miró al oriental, y esbozo una no menos enigmática sonrisa.

—Eres muy astuto, Huan, y no he de negarte que, una vez más, voy a necesitar de tu ayuda. ¿Has visto alguna vez a este hombre?

Y el inspector sacó la fotografía que la policía había obtenido del cadáver de Red Bleight, y la mostró al chino.

Huan Li permaneció unos segundos examinando atentamente aquellas facciones innobles, surcadas por una horrible cicatriz que partía de la sien derecha y cruzaba gran parte de la mejilla del mismo lado.

—Ese hombre solía frecuentar el salón de Wang. Ya sabe que Wang ha tenido varios tropiezos por la cuestión de las drogas.

Brunner asintió en silencio. Comprendía lo que Huan Li quería decirle, y su mente consideraba el modo de entrar en contacto con aquel Wang, aunque no veía cómo podría hacerlo sin despertar sus sospechas.

—No me queda más remedio que ir a ver a Wang —dijo, con decisión.

—Wang es muy astuto. Creerá que está investigando algún asunto de drogas, y no conseguirá hacerle hablar.

—De todos modos, debo intentarlo.

—¿Quiere que procure sacarle algo? —Ofrecióse Huan Li.

Brunner lo miró, esperanzado.

—Yo no me hubiera atrevido a pedirte tal cosa, Huan —declaró—. De todos modos, siempre que Wang no esté complicado en el asunto, te prometo no hacer nada que pueda perjudicarlo. Sólo me interesa saber con quién se relacionaba últimamente, y si se le vio en compañía de una mujer de ojos verdes y exótica belleza, que también debe frecuentar estos lugares.

Huan Li se puso en pie y miró hacia el mostrador, donde uno de sus ayudantes atendía a los clientes. Hízole una seña, y se dispuso a salir del salón.

—No tardaré en volver, *Mr. Brunner* —dijo al inspector—. Le ruego aguarde unos minutos.

Y, en efecto, diez minutos más tarde regresaba Huan de su gestión.

—La mujer a quien busca se encuentra en estos momentos en el

salón de Wang —manifestó—. Está sola y la reconocerá fácilmente por el vestido que lleva de color granate.

—¿Estás seguro de que se trata de la mujer que busco?

Huan asintió, sin dejar de mirarlo.

—He hablado con quien tiene buenos motivos para saberlo. Me pareció que estaba nerviosa, y es muy probable que esté aguardando a determinada persona.

Brunner se puso en pie, y estrechó la diestra de Huan.

—Gracias, Huan. Siempre fuiste un colaborador leal.

Salió del cafetín, dirigiéndose hacia el final de la calle. El salón de Wang no estaba lejos, y desde allí mismo podía distinguir el anuncio luminoso parpadeando en la obscuridad con sus luces multicolores.

Antes de entrar, Brunner echó una ojeada a través de la puerta de cristales. En una de las mesas de la derecha se encontraba la mujer del vestido granate. Sus facciones eran extrañas, y no carecían de cierto atractivo.

Iba ya a penetrar, cuando un hombre pasó por su lado, rozándole, y se dirigió hacia la mujer que estaba observando. Antes de que llegara a su lado, levantóse ella de la mesa, y le sonrió. Luego cogióse del brazo del recién llegado.

Brunner se apartó de la puerta, y cruzó la calle. Desde un oscuro portal vio a la pareja, salir del establecimiento de Wang, y encaminarse hacia una bocacalle próxima.

Aguardó a que hubieran desaparecido. Seguidamente, abandonó su escondite y marchó en pos de los misteriosos personajes.

Dobló la esquina inmediata, en el momento preciso de verlos adentrarse en un portal. Continuó Brunner avanzando, y al llegar allí descubrió un largo pasadizo que desembocaba en una especie de patio, débilmente iluminado. La mujer del vestido granate y su acompañante se habían detenido, y discutían en voz baja, con un sujeto bajito, que al inspector le pareció un chino.

Arrimóse al muro en sombras, y continuó deslizándose sigilosamente.

De pronto se dio cuenta de que sus manos dejaban de palpar la pared, y de que a sus espaldas había un hueco, posiblemente una puerta. Intuyó el peligro antes de que sus sentidos percibieran la presencia de alguien. Pero su gesto fue tardío. Un lienzo grueso

cayó sobre su cabeza, envolviéndolo, al tiempo que unos brazos le rodeaban fuertemente.

Brunner comenzó a forcejear para librarse de sus agresores. Eran por lo menos tres, y estaban dotados de una fuerza y una agilidad fuera de lo común. De una fuerte patada logró desembarazarse de uno de ellos, pero perdió el equilibrio y cayó al suelo, arrastrando consigo a los demás.

Entonces, un objeto duro manejado con violencia, fue a golpear su cabeza, haciéndole perder el sentido.

Al volver en sí, advirtió que lo habían llevado a una habitación de desnudas paredes y desprovista de muebles. Había luz en el techo, pero por su estructura y la falta de ventanas, tenía la apariencia de hallarse situada en el subsuelo del edificio.

Dos hombres lo observaban desde la puerta. Ambos vestían indumentaria oriental, y sus ojos oblicuos brillaban con maligna satisfacción. Al darse cuenta de que recobraba el conocimiento, uno de ellos salió, regresando a los pocos segundos acompañado del hombre y la mujer a quienes Brunner siguiera, desde el establecimiento de Wang.

El inspector volvió a cerrar los ojos, y quedó nuevamente inmóvil. Su cerebro trabajaba febrilmente buscando un pretexto que justificara su presencia en el lugar donde le sorprendieron. Pero bien pronto su conversación le hizo comprender que muy difícilmente conseguiría burlarlos.

—No me gusta nada ese tipo —hablaba el acompañante de la mujer que vestía el traje granate—. No me extrañaría nada que la policía haya encontrado una pista, y en estos momentos estén buscándonos.

—Tú nunca dejarás de ser un pájaro de mal agüero, Basil —dijo la muchacha—. Sea quien sea; lo más acertado será hacerlo desaparecer. Pudiera tratarse de un vulgar ladronzuelo, y en tal caso...

—No tiene aspecto de ello —cortó el otro, secamente—. Venía siguiéndonos desde el café de Wang. Estaba mirando desde fuera, y ahora ya no cabe duda de que estaba vigilándote. La verdad es que no sé cómo te muestras tan despreocupada.

Se escucharon unos pasos, y en el umbral apareció la figura de un nuevo personaje. Vestía traje negro, y su sombrero era del

mismo color.

—¿Dónde está ese que habéis cazado? —preguntó a los reunidos.

Mas, al darse cuenta de que en el suelo aparecía tendido el inspector, acercóse a él, y con el pie lo empujó desconsideradamente.

—¡Vaya! —exclamó, con acento de indudable asombro—. ¡Si es, nada menos, que el famoso Tommy Brunner!

El otro hombre se le acercó, y miróle con mal disimulada ansiedad.

—¿Tommy Brunner? —preguntó—. ¿Acaso lo conoces?

—¡Imbéciles! —apostrofó apretando los puños con rabia—. ¿Cómo os habéis dejado seguir por ese hombre?

El otro intentó disculparse.

—Ten en cuenta que, sea quien sea, está en nuestras manos, y no puede hacernos el menor daño.

—Brunner es uno de los más sagaces inspectores del F. B. I.

¿Ignoras lo que eso significa?

Al oír aquellas palabras, el rostro de Basil tornóse lívido. Retrocedió unos pasos, sin dejar de mirar la figura del inanimado inspector. Luego, bruscamente, encaróse con la joven.

—Tú fuiste, Lydia, la que te encargaste de buscar a Red Bleight. Él era tu amigo, y no cabe duda de que habrá cantado. Tal vez se te iría la lengua y le hablaste de nosotros.

Ahora fue Lydia la que irguióse, resentida, y crispó los puños blandiéndolos ante la faz descompuesta de Basil.

—¡A Red no le hablé de uno solo de vosotros! ¡Ni siquiera sabe lo que se llevaba en la embarcación! Red no hace preguntas estúpidas. Es un hombre que cobra por adelantado, pero siempre hace el trabajo bien, y sin demasiado alboroto.

—Pero el hecho de estar este individuo rondando la casa, demuestra...

—Con discutir no vamos a ganar gran cosa —cortó el del traje negro—, pudiera muy bien ser que Brunner obrara por su cuenta, basándose en simples sospechas. En este caso, con hacerlo desaparecer podremos sentirnos seguros.

—Eso es ya más razonable, Walter —asintió Basil, enjugándose

el sudor que el pánico había hecho brotar en su rostro.

Walter, que era allí quién parecía dirigir a los reunidos, salió por unos momentos para volver llevando una jarra con agua. Inclínose sobre el cuerpo de Brunner, y derramó sobre su rostro el contenido del recipiente.

Brunner sacudió la cabeza, y abrió los ojos. Entonces reconoció al hombre que tenía al lado.

Tratábase de Walter Calham, un antiguo sargento de la Policía Metropolitana, que fue expulsado del cuerpo por sus ilícitas relaciones con los traficantes de drogas. No había vuelto a saber de Calham, pero aquel primer encuentro se realizaba en circunstancias harto expresivas para no dejar lugar a dudas acerca de sus nuevas actividades.

—¿Qué tal está el inigualable Brunner del F. B. I.?

—sonrió Calham, mirando a los ojos al aturdido inspector.

Brunner quiso hacer un esfuerzo para levantarse, pero las ligaduras se lo impidieron. Miró a su rival con fría tranquilidad, y esbozó una sonrisa de desprecio.

—¡Qué digno final para un hombre como tú, Calham! —reprochóle—. Si crees que de algo va a servirte el tenerme en tus manos, estás completamente equivocado.

Calham se puso en pie, y volviéndose hacia los dos chinos, les hizo un ademán.

Levantaron a Brunner y lo obligaron a salir de aquella mazmorra. La habitación inmediata estaba amueblada, y de ella partía una escalera que se dirigía hacia la planta de la casa.

—Dejadlo ahí —ordenó Calham, señalando un banco adosado al muro.

Situóse frente al inspector y quedósele observando, los brazos en jarras y las piernas abiertas.

—¿Qué andabas buscando por aquí, Brunner? —interrogóle de pronto.

—Drogas —respondió Brunner, inmutable—. Demasiado sabes que desde hace algún tiempo salen de estos lugares grandes cantidades de ellas, inundando la ciudad, incluso en las escuelas y universidades su uso ha llegado a constituir un verdadero problema social.

—Es un placer que a nadie debe negársele —sonrió Calham, cínicamente. Mas, de pronto, cambió la expresión de su rostro y siguió, encarándose con su prisionero—: Eres muy astuto, Brunner, y sabes bien por dónde vas. De todas formas, estoy seguro que no has venido aquí para buscar unos depósitos de drogas. El

F. B. I.,

no iba a enviar a uno de sus mejores sabuesos para un asunto tan vulgar.

El inspector se encogió de hombros. Este gesto exasperó a Calham de tal manera, que se abalanzó sobre Brunner y lo zarandeó violentamente.

—¡Perro maldito! —Escupióle rabioso—. ¿Vas a decirme de una vez lo que has estado husmeando por aquí?

La única respuesta que recibió del inspector, fue una mirada cargada de desprecio.

Calham pasóse una mano por los cabellos, como si quisiera ordenarlos, y retrocedió hasta la mesa donde se apoyaban Basil y Lydia.

—Sea lo que sea cuanto haya averiguado, no podemos correr el riesgo de que escape. Hay que llevarlo lejos de aquí, y hacerlo desaparecer donde menos sospechan caigan sobre nosotros.

Basil y Lydia asintieron, conformes.

—Habrà que amordazarlo para sacarlo sin llamar demasiado la atención —habló el primero—. No podemos estar seguros de que no haya algún otro policía por estos alrededores.

Walter Calham marchó hacia la escalera, y sus dos cómplices lo siguieron.

—Vamos a preparar el coche y lo llevaremos lejos, donde podamos arrojarlo al agua sin el temor de que lo encuentren pronto. Conozco un lugar muy a propósito.

Sus voces se debilitaron en la escalera, y Brunner dejó de percibirlos. Presentía que le aguardaban momentos muy difíciles, e hizo acopio de toda su serenidad para afrontarlos como correspondía a un luchador como siempre fuera.

Diez minutos más tarde, regresaba Calham. Dio una orden a los orientales, quienes se apoderaron de Brunner llevándolo hacia arriba.

Salieron por un pasadizo que desembocaba en un oscuro

callejón. Antes habían tomado la precaución de amordazarlo fuertemente, para evitar que pudiera dar la voz de alarma.

Lo colocaron en el asiento de detrás. A ambos lados de él, sentáronse Calham y Basil. Lydia lo hizo delante, con el conductor, un hombre que hasta entonces no había visto, pero que debía tratarse de otro cómplice de aquella tenebrosa organización.

El automóvil partió velozmente y dobló la primera esquina, enfilando una calle paralela a Mutton Street.

Minutos después, corrían por Westchester Avenue, hacia el norte.

Una tenue claridad comenzaba a inundar la ciudad. Por ella dedujo Brunner que estaba amaneciendo, y que había estado bastante tiempo sumido en la inconsciencia. El golpe no le dolía apenas, pero sentía una intensa pesadez en la cabeza, y una sensación de somnolencia que parecía tirar hacia abajo de sus párpados.

Cuando se hallaban ya en las afueras, se dio cuenta de que Calham miraba repetidas veces por la ventanilla que había a sus espaldas.

—¿Qué ocurre? —preguntóle Basil, al advertirlo.

—Hay dos coches de la policía que vienen siguiéndonos —dijo Calham, sin poder reprimir cierto nerviosismo.

Basil iba a sacar la cabeza por la ventanilla lateral, pero Calham tiró de su brazo, impidiéndolo.

—¿Qué vas a hacer, imbécil? —le censuró—. ¿Quieres llamar la atención de los policías?

—Pero...

—No estamos seguros de que nos sigan, precisamente —explicó—. Pudiera tratarse de una simple coincidencia... No tardaremos en saberlo.

Lydia, vuelta hacia los tres hombres, mostrábase igualmente inquieta. Su diestra empuñaba un pequeño revólver, pero a un gesto imperioso de Calham, volvió a guardarlo.

Una milla más allá estaba el cruce de Kingston. El automóvil siguió sin desviarse, y desde su observatorio, Calham dióse cuenta de que los dos coches de la policía hacían lo mismo.

—¡Hum! No me gusta cómo se presentan las cosas. Si pudiéramos desembarazarnos de Brunner...

Era ya de día, y el curso del Hudson había quedado muy

desviado, desbaratando con ello su primitivo plan. En silencio iba Calham devanándose los sesos, en busca del medio de librarse de Brunner sin que los que venían detrás se dieran cuenta de ello.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Lydia, a quien el miedo tenía dominada.

Calham miró una vez más por la ventanilla posterior.

—Dentro de poco encontraremos un ramal secundario, que conduce a Albany —dijo—. Si al desviarnos esos policías continúan tras nosotros, ya no habrá duda de que saben que llevamos a Brunner. En tal caso...

Y sus labios dibujaron una mueca siniestra, que los otros interpretaron en su justo sentido.

Media hora más tarde, llegaban al ramal mencionado. El automóvil desvióse por él, y siguió avanzando a considerable velocidad.

Conteniendo la respiración, los tres malhechores miraron hacia atrás.

Pronto los dos autos de la policía aparecieron en su campo visual, y sin disminuir la velocidad pasaron de largo por el cruce.

Calham pasóse una mano por la frente, y dejóse raer en el asiento.

—Estamos ya cerca de la fábrica —dijo— y, por el momento, lo mejor será que llevemos a ese hombre allá.

Ni Basil ni Lydia hicieron la menor objeción, y el coche continuó su marcha por aquel camino lleno de baches y pedruscos.

V

Al atardecer salió Shelton de la fábrica. Warty había estado mostrándole las distintas dependencias, aunque el muchacho adivinaba que, al hacerlo, sólo le guiaba el afán de que los operarios los vieran juntos, y tuvieran conocimiento de que William Pace había regresado de Europa y había decidido ponerse al frente de los negocios.

En la misma puerta, Warty se despidió de él, pretextando ocupaciones urgentes, por lo que Shelton se encontró solo para regresar al despacho.

Aún no había echado a andar, cuando un chiquillo de unos diez años, que sin duda alguna esperaba su salida, se le acercó tímidamente.

—Señor Pace —le dijo—. ¿Quiere venir conmigo, que le enseñaré algo muy interesante que acabo de descubrir?

—¿De qué se trata, pequeño? —sonrióle, nada dispuesto a acceder.

—Venga conmigo hasta aquella casa —insistió, señalando una construcción de madera. Y bajando la voz, añadió—: George Finney le está aguardando.

Al instante recordó a la desconocida que acudiera a su despacho para pedirle los mil dólares que su hermano precisaba para huir de aquella pandilla capitaneada por Warty.

Siguió al pequeño, y no bien llegó a la casa cuando vio que un joven salía del cobertizo anexo.

Shelton aguardó a que se le acercara.

—Me llamo George Finney —le dijo fríamente—. Supongo que esto le recordará algo.

—De modo que usted es George...

—Así es. Mi hermana Esther me dijo que usted deseaba hablarme.

—¿Esther? —murmuró Shelton, dándose cuenta de que hasta entonces había ignorado cuál era el nombre de la joven. Y al apercibirse de que George lo miraba intrigado, añadió—: ¿Eso fue lo que le dijo su hermana?

—Sí, y, además, me aconsejó que desconfiaría de usted.

Shelton no pudo por menos que echarse a reír.

—Es un buen consejo que le recomiendo siga al pie de la letra.

—Lo tendré en cuenta. Y ahora le ruego sea breve y me diga qué desea de mí.

—Venga a mi despacho y hablaremos con más tranquilidad.

Finney denegó con la cabeza.

—No puedo ir allá. Posiblemente, usted mismo no ignora las causas.

El falso Pace quedósele mirando, intrigado.

—Es preciso que venga, Finney —insistió—. Le garantizo que nada ha de ocurrirle.

Creyó que el hermano de Esther ofrecería mayor resistencia, pero con gran sorpresa, lo vio mirar a todas partes y decidirse.

—Está bien. Iré con usted.

Ya en el despacho, Shelton lo hizo sentar en uno de los sillones, y ofrecióle un cigarrillo, pero Finney rehusó.

—Su hermana le ha aconsejado que desconfíe de mí, pero yo haré todo lo contrario con usted. Necesito de una persona de confianza, y no he dudado un instante en llamarle.

—¿Qué es lo que sabe usted de mí? —inquirió, recelando.

—Nada... sino que es usted hermano de Esther y, además, que corre un gran peligro.

George se puso en pie de un salto, pero Shelton, con un ademán, lo tranquilizó.

—No se inquiete. Únicamente deseaba prevenirle, usted está en un apuro, y yo me encuentro metido en un mal paso. Tal vez esto le hará sentirse más confiado.

—No le entiendo —habló Finney, mirando a todos lados.

Shelton fue hacia la caja, la abrió, y sacó de ella unos cuantos billetes. Los contó, y los metió en un sobre que cerró cuidadosamente.

—Tengo en Nueva York un amigo que necesita ese dinero —indicó al muchacho—. Ha de estar en su poder mañana mismo, y

necesito que sea usted quien lo lleve. Si accede, le prometo hacer cuánto me pida por ayudarle. De lo contrario...

Y Shelton se encogió de hombros, para significarle que no se hacía responsable de cuanto le sucediera.

—¿Cuál es el nombre de ese amigo suyo? —preguntó Finney, sin vacilar.

—Se llama Harry Jennicab, y ocupa la habitación 150 del Hotel Continental, en la Tercera Avenida. ¿Se acordará de ello?

Finney asintió en silencio. Entonces, Shelton le entregó el sobre con el dinero, y lo acompañó hasta la puerta.

—Deberá guardar silencio sobre lo que hemos hablado —le recomendó al despedirse—, y no revelarlo ni siquiera a su hermana. ¿Comprende?

—Perfectamente, señor Pace —respondió Finney—. Buenas tardes.

Una vez hubo salido, Shelton dirigióse a su aposento, y cambiósede ropa para salir a dar un paseo.

A una media milla de la factoría encontró una granja. Entró en ella, y pidió permiso para telefonar.

Cinco minutos después, estaba al habla con Streimer.

—¡Bravo, Dick! —exclamó el inspector, en cuanto conoció la identidad de su comunicante—. Ya sabía yo que estabas haciendo alguna travesura.

—Me encuentro en las inmediaciones de Albany —le dijo—, pero por el momento no puedo ser más explícito. Es preciso que envíe a uno de sus hombres de confianza al Hotel Continental. Es posible que esta misma noche, o a más tardar mañana por la mañana, vaya allí un individuo preguntando por un tal Harry Jennicab, que ocupa la habitación 150. No hay que hacer otra cosa que detenerlo y situarlo en un lugar seguro. Posiblemente no será difícil hacerle confesar y en este caso tomen nota de cuánto diga. Más tarde ya iré dando señales de vida. Lo que ahora interesa es librar a ese muchacho de un peligro que parece acecharlo.

—Bien, Dick. Se hará tal como dices.

Era ya poco más de la medianoche, y Shelton acababa de entrar en su habitación para acostarse, cuando unos golpes resonaron en la puerta de cristales que daba salida al pequeño jardín que había detrás de la casa.

Descorrió las cortinas para ver de quién se trataba y destacando en, la obscuridad vio el rostro de Esther Finney. Estaba muy pálido, y ello resaltaba aún más el brillo de sus ojos amatista y el rojo de los labios, contraídos en una mueca de firme decisión.

Shelton abrió la puerta, y se hizo a un lado para permitirle el paso. Esther pasó ante él con paso rápido y nervioso, y se detuvo en mitad del cuarto. Entonces, volvióse rápidamente.

—¿Qué ha hecho usted de mi hermano? —le preguntó, amenazadora.

La mirada del presunto Pace pasó de su rostro a la mano que empuñaba un diminuto revólver.

—¿Quiere sentarse, señorita Finney? —invitó, sonriente, mientras volvía la espalda para cerrar el balcón—. No es muy correcto que una joven como usted vaya a ver a un hombre a su habitación.

—Le advierto que estoy dispuesta a matarle.

—Y me parece muy buena idea, siempre que tenga sus motivos. Aunque dudo que ese juguete sirva para lo que se ha propuesto.

Y Shelton avanzó un paso hacia ella. Esther dio un salto hacia atrás, y levantó el arma hasta apuntar su pecho.

—¡Si da un paso más, se dará cuenta de que no bromeo! —conminó.

—¿Cree que ésa sea una forma adecuada de venir a buscar dinero?

—No he venido por el dinero —replicó, cada vez más nerviosa—. Demasiado sabe que es otro el motivo. ¡Dígame lo que ha hecho con George!

Shelton sacó un cigarrillo, y lo encendió con toda parsimonia.

—He hecho lo que usted deseaba que hiciera. Le ayudé a escapar.

—¡Miente! —exclamó, furiosa—. ¡Miente para justificar otra más de sus fechorías! ¡Él hubiera venido a decírmelo, antes de huir! Y ni siquiera he vuelto a verlo desde que le dije que deseaba hablarle.

Shelton encogióse de hombros, y volvióle la espalda.

—He hecho por él cuánto usted deseaba. Le entregué los mil dólares que necesitaba para huir de los Estados Unidos. Tal vez mañana mismo pueda darle noticias de dónde se encuentra.

Vio asomar a los ojos de ella un destello de esperanza.

—Quisiera poder creerle, pero me es tan difícil... sabiendo cuánto sé de usted...

—¿Qué es lo que sabe de mí?

Ahora miró ella a su alrededor, asustada de haber hablado en la forma que acababa de hacerlo.

—Bud y Randall nos amenazaron a los dos, si hablábamos con alguien de lo que sabíamos. Sin embargo, yo sólo temo por George. Por ello le pedí que lo ayudara y me facilitara el dinero necesario...

—Eso es lo que he hecho con su hermano. Únicamente que se lo he dado a él, con el pretexto de que lo llevara a otra persona. Era el modo de que no tuviera que recibirlo de usted.

—Creo que ya voy entendiendo. Usted ha supuesto que mi hermano, al verse con ese dinero, sólo pensaría en huir con él. ¿No es así?

Shelton asintió en silencio.

—Pero yo sé que no hará tal cosa —afirmó, con vehemencia—. Si no encuentra a esa persona, volverá para decírselo. George no es capaz de semejante acción.

—Estoy seguro de que no volverá.

Esther quedósele mirando, sin comprender el alcance de tal afirmación.

—Sea como sea —dijo, al fin—, no olvido lo que le debo por su ayuda. Ahora es preferible que me vaya.

Guardó su revólver y se dirigió hacia la terraza. Shelton permaneció sin moverse mientras abría el balcón. Luego, asomóse hasta verla desvanecerse en la obscuridad.

Pocos minutos después, se acostaba. Más, no había conciliado aun el sueño, cuando volvieron a llamar suavemente en los cristales.

Colocóse la bata rápidamente, y abrió. De nueve Esther estaba allí.

—¡No puedo regresar a mi aposento! —exclamó, con acento tembloroso—. Al acercarme, descubrí a Randall aguardando a la puerta. ¡Es evidente que han descubierto la huida de George, y tratarán de hacerme hablar por todos los medios! ¿Qué me aconseja hacer?

Shelton quedó pensativo por unos momentos. Luego miró hacia

la obscuridad, en dirección a las viviendas del personal de la fábrica.

—Irás a mi despacho —dijo al fin—. Allí hay un diván, y podrás pasar la noche. Nadie irá a buscarla. Mañana, ya veré de solucionarlo todo.

Fue en busca de la llave, y se la entregó.

—Gracias —dijo ella, simplemente.

Y volvió a salir, tomando la dirección del edificio donde estaban instaladas las oficinas.

Shelton durmió únicamente algunas horas, y apenas amaneció salto de la cama y salió al exterior.

La mañana era fresca, y ya se divisaban algunos obreros que se encaminaban hacia la fábrica. Pensó dirigirse al despacho, pero supuso que Esther se encontraría aún durmiendo, y decidió esperar unas horas más.

Marchó en dirección opuesta, hacia la carretera de Albany.

Cruzaba por un bosquecillo muy frondoso, cuando a sus oídos llegó el zumbido de un automóvil. Al ir a asomarse, se percató de que muy cerca de allí había una cabaña, que antes no advirtiera.

Desde el bosque vio aparecer al automóvil y disminuir la marcha, hasta detenerse frente a la cabaña. Entonces, se apearon de él dos hombres y una mujer. No recordaba haberlos visto antes, e intrigado, escondióse todavía más.

La mujer dirigióse hacia la choza, pero sus acompañantes se quedaron junto al vehículo. De él sacaron a un cuarto personaje. Era un hombre cuyos miembros habían sido inmovilizados mediante fuertes ligaduras. Una mordaza impedíale proferir grito alguno.

Ocultóse Shelton entre unos matorrales, y concentró todos sus sentidos en lo que allí pasaba. Vio cómo los dos ocupantes del coche obligaban a su prisionero a dirigirse hacia la cabaña, y al obedecer éste, Shelton descubrió sus facciones.

El asombro lo dejó estupefacto. Nada menos que el propio Tommy Brunner, el hombre que había sido encargado del raso del Dinitrón, estaba a menos de una docena de yardas de él. No cabía duda que acababa de caer en alguna trampa tendida por los mismos a quienes estaba siguiendo, y tal circunstancia, unida al hecho de haber sido llevado hasta allí, abonaban la suposición de que había

ido a parar en la propia guarida de la peligrosa organización dedicada a elaborar el misterioso producto bélico.

Cuando la puerta de la cabaña húbosc cerrado tras el grupo, Shelton alejósc de aquel lugar y regresó a sus habitaciones.

Iba a entrar, cuando vio a Warty que en unión de Randall se dirigían hacia él.

—¿Dónde estuvo metido, Pace? —preguntó Warty al estar más cerca.

—Me levanté temprano, y salí a dar un paseo —respondió—. ¿Sucede algo?

—Vamos al despacho —repuso Warty—. Ha sucedido algo que no está muy claro.

Inmediatamente acordósc Shelton de Esther. Adivinaba que su presencia en el despacho había sido descubierta, y que todas las sospechas habían recaído sobre él.

Acompañó a los dos hombres, mientras trataba de buscar una salida a su decisión de la víspera.

Al entrar en el despacho, comprendió lo que Warty había querido decirle. Todos los cajones aparecían abiertos, y su contenido desparramado por el suelo. Sin embargo, la mano de Warty señaló hacia el otro extremo de la estancia, donde se encontraba la caja fuerte en que guardaba el dinero.

Estaba abierta, también, y una sola ojeada era suficiente para cerciorarse de que el dinero había sido robado.

No necesitaba una explicación. Esther había aprovechado de su ingenuidad para desvalijarle y huir con el dinero, y, tal vez, con otros documentos que debían interesarle. Recordó sus palabras de la noche anterior, que ahora tenían un significado muy distinto del que entonces les atribuyó.

—¿Sabe quién ha hecho eso? —preguntó Warty, tomando un objeto que había sobre la mesa.

Shelton quedósc mirando, sin responder.

—Ha sido Esther Finney —siguió, mostrándole una carterita que la joven debía haber olvidado—. Eso le pertenece, y no hay duda que con el apresuramiento se le cayó al suelo. Tal vez usted, Pace, podrá facilitarnos alguna indicación. Sabemos que la señorita Finney estuvo ayer a verlo. Posiblemente, su intención era estudiar la distribución de este despacho para entrar durante la noche.

—La señorita Finney vino a pedirme cierta cantidad, y yo me negué a ello. Ignoro qué motivos tendría para...

—Está bien —cortó Warty—. Randall, puedes irte y ver de averiguar si alguien vio a Esther Finney salir de aquí.

Randall salió del despacho, quedando Shelton a solas con Warty.

—Temo que esa muchacha y su hermano terminen por jugarlos una mala partida —continuó Warty, mientras examinaba los papeles desparramados por el suelo—. Pace se había encaprichado con la chica, y por ello se mostraba tolerante con el hermano. Su intervención le valió librarse de algo no muy agradable para él. Es un cobarde traidor, que acabará por descubriarnos si no cortamos su vuelo.

—No sé de qué me está hablando —dijo Shelton, indiferente.

—Ni tiene por qué importarle —replicó Warty, con la misma frialdad—. No olvide que usted es aquí una especie de prisionero, y que no lo pasará del todo mal mientras llaga lo que se lo mande. Piense que la silla eléctrica no es una agradable perspectiva.

—No lo he olvidado.

Warty hundió las manos en los bolsillos, y se encaminó hacia el balcón para inspeccionarlo, pero unos pasos que se escucharon fuera, interrumpieron su acción.

La puerta se abrió en aquel instante, y Randall entró de nuevo precediendo a uno de los hombres que poco antes viera Shelton apearse del automóvil, ante la cabaña del bosque. El recién llegado quedóse mirando a los dos hombres, sin demostrar la menor sorpresa.

—¡Hola, John! —saludó, estrechando la mano de Warty—. Necesito hablar cuanto antes contigo.

Warty se volvió hacia Shelton.

—Supongo recordarás a Calham. ¿No es cierto, Pace?

—Sí.

Calham miró a Shelton fijamente, y terminó por echarse a reír.

—No esperaba encontrarlo aquí, Pace. ¿Acaso le ha dado por interesarse en la marcha de los negocios?

—Probablemente, sí.

—En tal caso, permítame aconsejarle el clima de California. Desde allí también puede dirigirse una fábrica, aunque ésta se encuentre en Albany. ¿No cree que sería una buena idea?

El pseudo William Pace se volvió hacia Warty, que permanecía silencioso.

—¿A ti qué te parece, Warty? —preguntóle.

—Creo que sería una buena idea, Pace. Podrías, si lo deseabas, venir de vez en cuando para echar una ojeada. De todos modos, ya sabes que en mí puedes confiar.

—En este caso, tal vez me decida a seguir tu consejo.

Shelton comprendió en un instante la influencia que aquel Calham ejercía sobre Warty, y que en la organización de que formaban parte debía ejercer un papel muy primordial.

Warty cogió al recién llegado de un brazo, y se lo llevó afuera.

No bien la puerta se hubo cerrado, cuando Shelton dedicóse a inspeccionar la habitación, pero pronto convencióse de que allí no había nada interesante. Ya no cabía duda de que Esther Finney habíase despachado a su antojo, usando de las facilidades que él mismo le concediera.

Disponíase a salir, cuando descubrió algo en la puerta que llamó en el acto su atención. Tratábase de unas señales oscuras, y al inclinarse para examinarlas mejor, se apercibió que eran manchas de sangre. No databan de mucho tiempo, y al instante tuvo el presentimiento de que Esther no había sido ajena a ellas.

Prestando más atención, descubrió nuevas señales en el suelo y en el departamento contiguo.

Tal vez la muchacha se hubiera lastimado al abrir la caja, y sin darse cuenta fue dejando aquellas huellas de su paso.

Salió al exterior, y al hacerlo casi dio de bruces con la mujer del automóvil. Debía dirigirse hacia allí, posiblemente en busca de su compinche Calham y de Warty, los cuales estarían deliberando en algún otro sitio del edificio.

Al verlo, ella detúvose, sorprendida. Sus extrañas facciones poseían un aire occidental que le prestaban la exótica belleza de un personaje de leyenda. Su vestido color granate ceñíase a su cuerpo esbelto y bien formado, resaltando la delicada suavidad de unas líneas proporcionadas y atrevidas.

—¡Hola, William! —saludóle, provocativa, mientras dejaba resbalar por su rostro la caricia de aquellos ojos llenos de fascinación y misterio.

—Hola —contestó fríamente, preguntándose intrigado quién

sería aquella mujer que parecía haber tomado una parte activa en el secuestro de Brunner.

Ella quedósele mirando por unos segundos, tras los cuales echóse a reír.

—No pareces el mismo, William. Incluso diría que te has dejado en Europa algunos años. Ya me contarás cómo has obrado ese milagro.

Warty y Calham llegaban en aquel momento, y la mujer se dirigió hacia ellos.

—Deberás encargarte tú mismo de inspeccionar los trabajos —le dijo Warty con un gesto afable—. Yo debo atender a nuestros amigos, y estaré ocupado toda la mañana.

Shelton asintió, y correspondió con un ademán al saludo de los desconocidos. Luego, cuando los vio perderse al final del camino, dio la vuelta para dirigirse a la fábrica.

Unas cincuenta yardas antes de llegar, descubrió a Randall. Caminaba deprisa, y volvía con frecuencia para observar si era vigilado.

Shelton ocultóse tras uno de los cobertizos, y aguardó a que se hubiera alejado un poco más. Luego, comenzó a seguirlo.

A la otra extremidad del bosque había un arroyo, y junto a él encontrábase una especie de almacén, al parecer abandonado. Allí fue donde Randall, se detuvo. Cercioróse antes de que nadie se encontraba por aquellos alrededores, y abrió luego la puerta, desapareciendo en su interior.

Shelton aguardó unos instantes. Advirtió que, desviándose hacia la izquierda, podría llegar a espaldas del almacén, sin temor a ser descubierto.

Todas las ventanas estaban cerradas. Sólo la puerta había quedado abierta, y no tenía otra alternativa que entrar por allí.

Escuchó atentamente, pero ningún ruido le llegó de dentro. Dio la vuelta a la construcción, y, adoptando infinitas precauciones, asomóse al interior.

Tratábase de una amplia nave llena de herramientas y embalajes de todas clases. En el centro se abría un hueco, por el que descendía una escalera.

Shelton comprendió que Randall había bajado por allí, y sin titubear se dispuso a seguirlo.

En aquel preciso momento llegó hasta él un grito apagado. Lo había lanzado una mujer, y ya no dudó de que se trataba de Esther Finney.

Comenzó a descender los peldaños, sin preocuparse ya de ser descubierto. Hacia el fondo distinguíase un débil resplandor, y allá se encaminó.

Encontrábase en un oscuro pasadizo, al final del cual veíase una puerta entreabierta. Por el resquicio asomaba la luz que guiaba sus pasos.

Oyó a Randall proferir un horrible juramento, y casi inmediatamente, le respondió un apagado gemido.

Shelton miró a través del hueco que dejaba la puerta, y vio a Randall, que se encontraba de espaldas. Más allá estaba Esther Finney. Se hallaba echada en el suelo y con los ojos desorbitados por el terror miraba hacia el hombre que la apuntaba con su revólver.

—¡Tu hermano ha escapado para delatarnos! —exclamó Randall, amenazador—. ¡Pero tú no harás lo mismo! ¿Quieres hablar ya de una vez, maldita? ¿Dónde se ha escondido George?

—¡No... no sé nada! —balbució la joven, medio desfallecida por el terror.

Tenía una herida en la mejilla, y la sangre que de ella manaba había manchado sus vestidos.

—¿Hablas ya de una vez? —siguió amenazando Randall—. ¡Te prometo que pronto será ya tarde!

En aquel momento, Esther descubrió a Shelton, y la dirección de su mirada delató a Randall la presencia del muchacho.

Rápidamente volvióse, en el instante que Shelton saltaba sobre él. Ambos rodaron por el suelo. Una detonación retumbó en aquella mazmorra, y el farol al desprenderle de su mano, fue a extinguirse en un rincón.

En la obscuridad, los golpes que ambos contendientes se propinaban, y el jadear de sus respiraciones, eran los únicos sonidos que podían percibirse. Sin embargo, para Shelton no había secretos en la lucha cuerpo a cuerpo. Un directo bien aplicado puso fin a la resistencia de Randall.

Shelton se incorporó y enjugóse con el revés de la mano el sudor que empañaba su frente.

—¡Esther! —llamó, sin levantar demasiado la voz—. ¡Esther!
¿Dónde está usted?

Pero ningún sonido le llegó de la joven, en respuesta a su llamada.

—¡Esther! —repitió más fuerte—. No tema nada de ese hombre. Ningún daño puede ya hacerle.

Continuó sin percibir señales de vida de Esther Finney. Posiblemente, a causa de la impresión, se habría desmayado, y se encontraría en un rincón, privada del conocimiento.

Buscó en su bolsillo la caja de fósforos, y encendió uno de ellos.

En aquella covacha no se veía ni rastro de la muchacha. La puerta estaba cerrada, y al intentar abrirla se dio cuenta de que habían echado el cerrojo exterior.

A pesar de su apurada situación, no pudo por menos que sonreír. Había acudido allí para librar a Esther Finney de aquel malvado, y la joven le correspondía huyendo y dejándole encerrado junto con su enemigo.

Fue hasta donde estaba el farol, y lo encendió. Luego, revolviendo entre los objetos que había por allí, encontró unas cuerdas. Sujetó fuertemente las manos y los pies de su antagonista, y una vez terminada esta operación, lo llevó a un rincón, dejándolo entre unos embalajes vacíos.

Una rápida ojeada le cercioró de que no había ninguna otra salida. La puerta que Esther cerrara al escapar, resistió sólidamente sus embestidas.

Descorazonado, fue a sentarse sobre unos maderos. Presentía que los acontecimientos estaban precipitándose, y que debía afrontarlos con decisión y sangre fría. Pero la realidad era que, de momento, una sola persona podía ayudarle a escapar de allí. Y esta persona era Esther Finney, quien, por lo que de ella podía esperarse, en aquellos momentos ya habría emprendido la huida, con intención de localizar a su hermano George.

Shelton fue hacia donde dejara el farol, y, ayudándose de él, buscó el revólver que Randall dejara caer al suelo. Luego apagó la luz, y esperó a que algún acontecimiento imprevisto le sacara de aquella ratonera en que una desconfiada mujer le había metido.

VI

Brunner vio salir a Calham de la cabaña a dónde habíanle llevado luego del viaje hasta el cruce de Albany. La mujer del vestido granate había salido tras él y sólo quedóse vigilándolo el llamado Basil.

Ignoraba dónde se encontraba. Sabía, eso sí, que a pocas millas de allí se encontraba la ciudad de Albany, y que lo habían llevado a un oculto lugar de los bosques que la rodeaban. Tampoco parecía aquello deshabitado. Hasta él llegaba el rumor de cierta actividad, e incluso creía escuchar el ruido de una máquina procedente de algún punto del bosque.

No tardó en regresar Walter Calham. Venía acompañado de un hombre de mediana edad y de porte distinguido. El antiguo policía mostrólo a su acompañante, quien se acercó para examinarlo con detenimiento.

—¿Estás seguro que se trata de un policía? —le preguntó, al cabo.

—El inspector Brunner es bien conocido en Nueva York —sonrió Calham—. En más de una ocasión tuve que intervenir en servicios que él llevó a cabo. Y puedo asegurarte que es un hombre singularmente peligroso.

Warty, que no era otro el recién llegado, encaróse con el inspector.

—Esta vez se ha metido en un mal paso, amigo —sonrió cínicamente—. No quisiera hacerle ningún daño, pero ese oficio de meter las narices en los asuntos ajenos, suele acarrear consecuencias muy desagradables.

—Yo opino que lo mejor sería quitarlo de en medio ahora mismo —sugirió Calham—. No me gusta conservar vivo a un sujeto que representa un peligro constante.

Warty pareció reflexionar unos instantes.

—Sería arriesgado desembarazarnos de él aquí. Ninguno de los hombres que trabajan en la fábrica, debe sospechar nada. Podríamos ocultarlo hasta la noche, y así nadie sabría nada de lo ocurrido.

—¿Y por qué no dejarlo aquí, hasta entonces? ¿Crees que alguien pudiera venir a husmear en una choza como ésta?

—Prefiero no correr ese riesgo —objetó Warty—. La cueva es el único sitio que nadie pensará visitar. Y tan pronto sea de noche, podemos sacarlo para arrojarlo a la corriente del Hudson.

—Está bien —accedió Calham—. Llevémoslo, pues, a la cueva.

Warty volvióse hacia Basil, que permanecía junto a una de las ventanas.

—Será preferible que vayas tú delante, Basil —le dijo—. Cerciórate de que no hay nadie por aquellos alrededores. Puedes, también, bajar hasta la cueva y dejar encendido uno de los faroles que hay en el almacén. Tan pronto regreses, cargaremos con ese policía y lo llevaremos a través del busque.

Basil emitió un ligero gruñido, y salió de allí.

—No me acaba de gustar que Pace me haya visto por aquí —observó Calham, tan pronto la puerta se hubo cerrado tras su lugarteniente—. Temo que llegue a sospechar lo que nos traemos entre manos, y lo eche todo a perder. Creí que se encontraba aun en Europa.

—Pace es inofensivo —echóse a reír Warty—. A mí me parece muy natural que haya venido a ver la fábrica. No olvides que su influencia sobre los trabajadores es muy grande.

—Sin embargo, preferiría saber que está lejos. Me extrañó que no opusiera ningún reparo a la indicación que le hice de trasladarse a California.

—Pace ya no es el mismo de antes. Tengo la impresión de que, en adelante, no representará ningún estorbo.

Calham lo miró, intrigado.

—Pareces muy seguro.

—Tengo motivos para estarlo —repuso Warty, enigmático—. Creo que no me será difícil convencerle para que se marche a California. Al menos, por una temporada.

—No olvides que pasado mañana hay que dar salida a una nueva expedición de doscientos frascos del compuesto 506.

—¿Ya tienes pensado el modo de pasarlos?

Calham tardó unos segundos en contestar.

—He estado estudiando un nuevo procedimiento. Ahora ya no podemos exponernos a otro fracaso. Supondría tanto como mostrarles el camino de estos laboratorios.

Unas pisadas resonaron fuera, y Warty fue hasta la ventana para averiguar quién era la persona que se aproximaba.

—Basil ya está de regreso —indicó.

Y fue a abrir la puerta.

El compinche de Calham entró en la cabaña, y se dirigió a él.

—Todo lo he dejado dispuesto —anunció—. Ahora es el momento, ya que nadie se encuentra por aquellos lugares.

Calham se acercó a Brunner, y le obligó a levantarse. Luego de asegurarse de que nadie había por allí, hiciéronle salir de la cabaña, y escoltado por los dos hombres y precedido por Basil, adentróse en el bosque en dirección del almacén donde habíase dispuesto su encierro.

Shelton no llevaba mucho tiempo en aquella mazmorra, cuando escuchó el ruido que hacía una puerta al abrirse. Inmediatamente se acercó a Randall, que seguía inconsciente, y valiéndose de su pañuelo colocóle una sólida mordaza que le impidiera señalar su presencia a cualquiera que se acercara por allí. Luego, apagó el farol, y ocultóse entre unos cajones vacíos.

Instantes después, escuchó unos pasos que se aproximaban, y el ruido que hacía el cerrojo al descorrerse.

La puerta se abrió, y la figura de un hombre apareció en el hueco, alumbrándose con un farol que llevaba en la mano. Entró sin preocuparse de si alguien se encontraba allí, por lo que Shelton dedujo que ignoraba lo sucedido unos minutos antes.

Con el revólver en la diestra, estuvo Shelton observándolo, dispuesto a salir apenas el otro diera señales de querer encerrarle de nuevo, pero con gran asombro vio cómo colgaba el farol de un clavo y se alejaba, sin preocuparse de volver a cerrar la puerta.

No bien el rumor de sus pasos se hubo extinguido, Shelton salió de su escondite, y subió al almacén.

No había nadie en él, y al mirar por la puerta vio a su libertador alejarse a través del bosque, al parecer ajeno a su presencia.

No era aventurado suponer que Esther Finney habría tomado el

camino opuesto a la factoría, tratando de ganar la carretera general. Sólo habían transcurrido contados minutos desde que cerrara la puerta de la cueva, y no era presumible que en tan poco tiempo hubiera llegado muy lejos.

Con paso rápido, tomó un estrecho sendero que serpenteaba entre unos prados, y que terminaba bruscamente al borde de un riachuelo de escaso cauce. En la orilla opuesta había una franja arenosa, y en ella distinguió Shelton las huellas de unas pisadas.

Al estar más cerca, comprobó que eran de mujer. Evidentemente, Esther acababa de pasar por allí, y todavía podría alcanzarla.

No habría recorrido cien yardas cuando el rumor de algo que se movía apresuradamente entre la maleza, atrajo su atención. Acercóse, cauteloso, y descubrió a la muchacha oculta tras unos matorrales.

—¿Qué hace ahí? —preguntóle, con acento de reproche.

Ella miró hacia el camino, como si esperara ver a alguien más aparecer, por allí.

—¿Dónde está Randall? —inquirió.

—No tema —tranquilizóle Shelton—. Randall está en sitio seguro. Sin embargo, no se comportó muy correctamente dejándome encerrado en aquel sótano, cuando fui en su ayuda.

—Estaba asustada, y no supe lo que hacía —contestó—. Randall me había amenazado con matarme, y estoy segura de que iba a cumplirlo.

El presunto Pace se aproximó aún más, y le tendió, una mano.

—¿Por qué no se levanta? —le dijo—. De momento, no debe temer nada.

—Me disloqué un pie, y me es imposible apoyarlo en tierra.

El muchacho se inclinó, ayudándola a incorporarse. Esther apoyóse en su brazo, mientras sus facciones reflejaban el dolor que sentía.

—Tengo que llevarla a un lugar seguro.

Y la cogió en brazos, sin siquiera pedirle permiso, pero Esther no se molestó en protestar.

—¿Qué ocurrió en el despacho? —preguntó al poco rato.

—Al entrar en él, me di cuenta de que habían estado revolviéndolo todo. La misma caja fuerte estaba abierta. Quise

retroceder, pero Randall salió de un rincón, y me amenazó con su revólver. Al tratar de resistir, me golpeó, hiriéndome. Luego, debí perder el conocimiento, ya que no recuerdo más. No obstante, él mismo debió sacarme para conducirme a la cueva del almacén.

Shelton aprovechó aquel momento para hacer la pregunta que desde un principio bullía en su cerebro.

—¿Por qué teme a Warty y a Randall, y qué motivos tenía su hermano para querer huir de todo esto?

Esther entornó sus lindos ojos y los fijó en los de Shelton, que la interrogaban sin una sombra de amenaza.

—Quisiera tener confianza en usted, Pace —murmuró, cohibida—, pero sé que a pesar de sus intentos por ayudarme, hay en el fondo de su alma tanta maldad como en la de sus cómplices. No obstante, tengo la impresión de que le están utilizando como escudo para ocultar sus fechorías.

—Si es así, su obligación está en ponerme al corriente de ellas.

De nuevo apareció en los ojos de Esther la mirada de odio que advirtiera en un principio.

—Yo no sé nada ni quiero saber lo que se traen entre manos. Usted es quien debe averiguarlo.

—Pero está George por medio. Sin darse cuenta, le está perjudicando considerablemente. Tal vez si yo le prometiera ayudarle...

—Sigo creyendo que usted le ha tendido una encerrona.

Shelton trató de sonreír, y sólo consiguió que Esther redoblara sus esfuerzos por desasirse de sus brazos.

—No sea criatura y estese quieta —la regañó—. ¿No ve que podemos caernos los dos?

—¡Es usted un hombre sin escrúpulos, Pace! —le recriminó con dureza—. George siempre me provino contra sus modales corteses. ¡Si supiera cuánto le aborrezco!

—Pero no vacilé en pedirme ayuda para él. No olvide que entregué a George los mil dólares que necesitaba.

—No estoy muy segura de que se los diera.

—A cambio de ellos, me hizo cierta promesa que no dudo estará dispuesta a cumplir.

Esther hizo un nuevo esfuerzo por librarse de Shelton, pero sólo consiguió que el muchacho la estrechara con más fuerza. En vista

de ello, optó por encerrarse en un impenetrable mutismo.

Se encontraban cerca de la carretera, y a muy poca distancia había una granja. Shelton se dirigió a ella, y pidió al granjero que atendiera, a Esther.

Antes de marchar, despidióse de la joven.

—Sólo le pido que no se mueva de aquí hasta que vuelva a buscarla. Probablemente, entonces podré darle noticias de su hermano.

Esther Finney respondióle con un frío ademán.

Dando un rodeo volvió a la factoría, y marchó directamente a su despacho. Allí estaban Warty y Calham.

—¿Dónde diablos se había metido? —preguntóle el primero, sin disimular su malhumor.

—Estuve paseando por los alrededores —repuso tranquilamente.

—¿Vio a Randall?

Shelton denegó con la cabeza.

—Probablemente, estará en la fábrica.

—Deja a Randall en paz, y procura averiguar lo que ha sido de la muchacha y de su hermano —intervino Calham, con acritud.

—Ya he enviado a dos de mis hombres en su busca.

Calham se echó a reír.

—Hubiera sido mucho mejor suprimir el obstáculo desde un principio. Con esos chiquillos, uno no sabe nunca el riesgo que acecha.

—George no se atreverá a soltar la lengua —replicó Warty, molesto por las alusiones de Calham—. Tiene miedo a que lo denunciemos.

Shelton se dirigió hacia la ventana, y aparentó mirar al exterior. Oyó como Calham bajaba la voz, y poco después los dos hombres salían de allí, dejándolo solo.

Desde su observatorio viólos marchar en dirección al almacén del que poco antes escapara. Acordóse de Randall, y un negro presagio se apoderó de él.

Tenía que decidirse rápidamente. Comprobó que aún tenía en su poder el revólver que arrebatara a Randall, y se dirigió a la salida. Más, al abrir la puerta, una persona le cortó el paso. Era la mujer de vestido granate, que llegara por la mañana acompañada de Calham. Empuñaba una pistola, cuyo cañón dirigía al pecho de él.

—¡No corras tanto, William! —amenazóle, sin dejar de sonreír—. He venido a conversar un rato contigo, y no pienso perderme una entrevista tan prometedora.

—No puedo entretenerme ahora —repuso, mirándola fríamente—. Más tarde podrás decirme lo que quieras.

—No lo sueñes siquiera, querido William. He visto a Warty y a Calham salir de aquí, y por nada quisiera perderme esta oportunidad. ¿Me permites que entre?

Deslizóse por la abertura que dejaba la puerta, haciendo antes retroceder a Shelton. Luego, le indicó uno de los sillones.

—Bien, termina de una vez y dime a lo que has venido —habló Shelton, impaciente.

La mujer echóse a reír con aire provocativo.

—Nunca estuviste tan huraño, William. Antes solías besarme y llamarme «querida». ¿Es que ya no te parezco la misma?

—Tengo otras muchas cosas en qué pensar —replicó, preguntándose intrigado, qué papel habría representado aquella mujer en la vida de William Pace.

—¿O, quizá —prosiguió ella—, eres tú quien ha cambiado y ni siquiera recuerdas mi nombre? ¿Cómo me llamaste siempre, William?

Shelton siguió mirándola fijamente, pero no despegó los labios.

—¡Claro! —sonrió ella, sin dejar de apuntarle—. Ignoras incluso mi nombre, por la sencilla razón de que tú no eres William Pace. Lo advertí desde el primer instante que entré aquí. ¡Pobre William! —añadió, dando a sus palabras una burlona entonación melodramática—. ¡Qué incauto fue al confiar en una pandilla de hienas como Warty y Calham! —Y de pronto, transfigurándose su rostro hasta convertirse en algo diabólico, inquirió—: ¿Qué habéis hecho de William?

—Puedes averiguarlo tú misma —contestó Shelton, encogiéndose de hombros.

—No hace falta ser un lince para suponer que lo habéis quitado de en medio. Y la obra lleva el sello de Warty. Él sabía que William era un obstáculo a sus ambiciones. Liquidándole, pasaba a disponer de los beneficios de una monstruosa asociación, pero el problema estaba en que Pace era muy conocido de sus trabajadores, y una desaparición hubiera levantado inmediatamente un cúmulo de

sospechas. Warty es el mismísimo diablo —rió, con risa fuerte y fingida—. Sólo él podía encontrar un doble de William Pace que satisficiera sus propósitos. ¿En dónde diablos pudo hallar a un ser como usted?

—En Nueva York conviven ocho millones de personas —sonrió Shelton, indiferente—. Entre esos ocho millones, no resulta difícil que haya quien se parezca a William Pace. La dificultad estribaba en encontrarlo, y, según parece, ese Warty se da muy buena maña para ello.

—Warty es de los que no cejan en su empeño. Él jamás supo que entre William y yo existía más que una ligera amistad. Pero la verdad es que fue William el hombre a quien de verdad quise. Sólo ello justificaría el motivo de mi venganza. ¿Querrás decirme ahora lo que ha sido de William?

—Sólo sé que está muerto —declaró—. Aunque no es difícil suponer que los amigos de Warty se encargarían de suprimirlo.

—¿Y cuánto te ha ofrecido Warty para ocupar su puesto?

Shelton fue a sacar un cigarrillo, pero un gesto de la mujer lo contuvo.

—¡Cuidado con hacer un solo movimiento sospechoso! No tengo ningún reparo en que sigas el mismo camino que William.

—Sólo deseaba sacar un cigarrillo —sonrió Shelton, justificándose.

Ella tomó una cajetilla que había encima de la mesa y se la arrojó. Luego, dióle los fósforos.

—Gracias —dijo, procediendo a encenderlo. Luego añadió—: Warty no me ha prometido cantidad alguna. Limitóse a sacarme de un mal paso y no tengo más remedio que ayudarle. Desde luego, me ofreció algún dinero.

Ella lo miró atentamente.

—Es una historia interesante aunque tratándose de Warty no me extraña. Pero no le dejaré salirse con la suya. Va a tener que contar conmigo en la distribución de los beneficios.

—Y me parece muy lógico que conmigo también.

—Estoy de acuerdo. ¿Cuál es tú nombre?

—Dick.

—Yo me llamo Lydia. Si obramos de acuerdo, nos repartiremos la parte que hubiera correspondido al pobre William.

—Pero Pace era el dueño de la fábrica. ¿No eran para él la mayor parte de las ganancias?

Lydia echóse a reír.

—La fábrica casi no cuenta para, nada. Estoy por creer que Warty no te habló del laboratorio 36.

—No; no me habló de ello —repuso Shelton, sospechando algo —, pero me dio a entender que un día me pondría al corriente de sus negocios.

—No hace falta esperar tanto. Yo mismo puedo hacerlo, y así nuestro esfuerzo tendrá más eficacia.

Lydia guardó el arma que hasta entonces había empuñado, y sonriendo a Shelton, le tendió la diestra.

—¿Seremos buenos amigos, Dick?

—¡Qué duda cabe! —contestó el muchacho, estrechando su mano—. A los dos nos conviene.

Salieron del edificio, y Lydia lo guió hacia la fábrica, pero en lugar de entrar en ella, continuaron en dirección del bosque.

Había un camino jalonado con pequeños postes de cemento y alambre de espino.

—De noche es peligroso acercarse aquí —indicó la mujer—. Además de los centinelas, cualquiera que intentara adentrarse por estos lugares, recibiría una fuerte descarga eléctrica.

A cosa de unas doscientas yardas abríase en el mismo bosque un pequeño claro, y en el mismo centro elevábase una sencilla construcción de un solo piso y carente de ventanas. La luz recibíala por unas aberturas practicadas en la techumbre.

Los dos hombres que se hallaban a la puerta, quedáronseles mirando indecisos, pero bastó la explicación de Lydia, a quien indudablemente conocían, para desvanecer sus recelos.

—El señor Pace viene a echar una ojeada a esto, muchachos.

El edificio constaba de una sola nave, y en su interior había hasta media docena de compartimientos con gran profusión de aparatos de laboratorio: hornos, probetas, retortas, alambiques y ciertas máquinas que llamaron poderosamente la atención de Shelton.

En aquel momento, sólo tres hombres se encontraban en su interior. El más joven debía ser uno de los técnicos encargados del mismo, ya que fue él quién se acercó a los visitantes y les dio toda

clase de explicaciones.

—Es un placer recibir su visita, señor Pace —manifestó—. Es muy difícil verlo por aquí.

—El señor Pace se halla muy ocupado con sus negocios en el Oeste —excusóle Lydia—. Pasábamos casualmente por aquí cerca, y le sugerí que entráramos unos momentos.

Shelton poseía muy escasos conocimientos sobre la materia, pero, no obstante, pudo advertir que en las explicaciones de aquel técnico no había nada que se apartara del terreno puramente científico de cualquier otra industria por el estilo.

Unos minutos más tarde, salieron de allí, y tomaron un camino opuesto al de la ida.

—¿Qué te ha parecido, Dick? —preguntóle Lydia, cogiéndose de su brazo, con mimo.

—Pues sigo sin entender una palabra de lo que me has dicho.

Ella echóse a reír. Miróle con un gesto de picardía, y luego dirigió la mirada a su alrededor, como para cerciorarse de que nadie podía escucharles.

—Para cualquiera que entre ahí como acabamos de hacerlo, se trata de un laboratorio corriente, sin nada digno de mención, y, sin embargo, bajo nuestros pies teníamos un depósito de sustancias cuyo valor sobrepasa en mucho al del oro. ¡Un laboratorio que elabora una sustancia mucho más valiosa que el oro! ¿Te das cuenta de lo que eso significa, Dick?

Shelton sintió cómo el corazón aceleraba sus latidos, y preguntó:

—¿Algo de más valor que el oro? No comprendo lo que puede ser...

Lydia lo llevó a un lugar aparte.

—Pace nunca supo lo que en su propia fábrica se estaba elaborando —le dijo en voz baja y con aire de misterio—. Warty fue quién se hizo con la fórmula utilizando a George Finney, un muchacho que estuvo al servicio de uno de los técnicos que intervinieron en su descubrimiento, y al que con la amenaza de adoptar represalias contra una hermana suya, obligóle a conseguir una copia.

—Sospechaba que aquí había algo más que un inocente laboratorio de productos para la agricultura. Pero ese compuesto...

—Se trata de un elemento de gran importancia militar. La base

de un poderoso explosivo por el que cinco naciones sienten un enorme interés.

—Ya entiendo —asintió Shelton, relacionando la presencia de Brunner en aquellos lugares.

—Warty ha podido engañar a Calham, pero no ha conseguido hacer lo mismo conmigo. Los dos tenemos la clave en nuestro poder, y de grado o por la fuerza. Warty se verá obligado a entregarnos la parte que le señalemos.

En aquel momento se dio cuenta de que por entre los árboles se veían las figuras de Calham y Warty, dirigiéndose hacia la fábrica.

—Es mejor que no nos vean juntos —indicó a Lydia—. Búscame esta misma noche y trataremos de lo que debemos hacer para que nuestro plan no falle.

Lydia asintió en silencio. Miró hacia los dos hombres, que iban discutiendo acaloradamente, ajenos a la presencia de los dos jóvenes.

Luego se alzó sobre la punta de los pies, y ofreció sus labios a Shelton.

—Debes besarme como siempre hizo Pace —le dijo, con extraña voz—. Para mí, en adelante, ocuparás su lugar en todo.

Lo rodeaba con sus brazos, y Shelton, no tuvo más remedio que besarla.

Todavía quedóse allí unos segundos, hasta verla desaparecer espos de los dos hombres que acababan de pasar a corta distancia. Seguidamente, tomó la dirección del almacén. Consideraba muy probable que no se hubieran dado cuenta de la presencia en él de Randall, y era preciso sacarlo de allí cuanto antes.

Cuando llegó a él, un silencio profundo reinaba por doquier. Encendió su linterna de bolsillo, y bajó a la cueva. La puerta estaba cerrada por fuera. Descorrió el cerrojo, y la abrió. El haz luminoso de su linterna deslizóse por la oscuridad de la mazmorra. Y al hacerlo, fue a posarse sobre algo que le hizo lanzar una exclamación de sorpresa y de horror.

VII

La luz de la linterna de Shelton iluminaba el rostro ensangrentado de Tommy Brunner.



«La luz de lá linterna de Shelton iluminaba el rostro ensangrentado de Tonny Brunner»

El muchacho corrió hacia, él, y arrodillóse a su lado. Vio a Brunner entreabrir los ojos y parpadear deslumbrado por el resplandor del haz luminoso.

—¿Qué ha sucedido, Tommy? —le preguntó, anhelante. Advirtió que el inspector no lo reconocía.

—Soy el agente Shelton —insistió—. Dick Shelton. Y estoy aquí para ayudarte.

—Hola, Dick —sonrió Brunner, dándose cuenta de que a su lado se encontraba una persona amiga.

—Nada debes de temer, Tommy. Voy a sacarte, y te llevaré a un lugar seguro. No lejos de aquí hay una granja.

Brunner hizo un esfuerzo por incorporarse. Entonces, Shelton se dio cuenta de que estaba maniatado.

En unos instantes, lo libró de las ligaduras.

—Calham y otro hombre estuvieron interrogándome —explícle el inspector—. Como no pudieron sacarme nada, se ensañaron maltratándome, pero no creo que sea nada de cuidado.

Estaba exhausto, y Shelton tuvo que ayudarle a levantarse. Sosteniéndolo aún, lo llevó hasta el exterior.

No había nadie a la vista, circunstancia que favorecía sus planes.

Dejando que Brunner se apoyara en él, acompañólo hasta el bosque.

—Voy a llevarte a una granja que hay cerca de aquí —le repitió, animándole—. Luego avisaré a Streimer, para que envíe algunos hombres.

—No debes avisarlo aún —pidióle Brunner—. Desbarataría todo lo que llevo ganado. Será preferible que perdamos unos días.

—Si te refieres al asunto del Dinitrión, no es prudente esperar más. He averiguado dónde se elabora y quiénes intervienen en ello.

Brunner lo miró con un gesto de extrañeza.

—¿Qué es lo que tú sabes de eso, Dick?

—Bastante más de lo que cree Streimer —sonrió, guiñándole un ojo—. Espero que no te moleste el haberme metido en tus asuntos.

Brunner le cogió una mano, y la estrechó con fuerza.

—Es posible que tengas razón, y que haya llegado el momento de pedir ayuda. Ve cuanto antes, Dick. Yo puedo quedarme aquí, hasta que me haya repuesto un poco.

—¿Tú crees, Tommy?

—Anda, muchacho, y no pierdas el tiempo. Ya mandaréis por mí en cuanto lleguen los otros.

Shelton acomodó a Brunner cerca del arroyo, y regresó a la factoría. No vio a nadie por allí, y se dirigió al despacho.

Al ir a entrar se acordó, una vez más, de Randall. Por dos veces

había demorado el sacarlo de allí, y resultaba expuesto después de lo ocurrido con Brunner, ya que era de esperar que tarde o temprano fueran en su busca y, al registrarlo todo, dieran con el cuerpo del forajido.

Sin embargo, no podía perder un minuto más. Entró en el despacho, y encaminóse directamente al teléfono.

Pidió comunicación con Nueva York, para ponerse al habla con el inspector Streimer.

No tardó en escuchar la voz de su superior.

—¡Hola, Streimer! —saludó—. Soy Shelton y...

Un estampido retumbó entre aquellas cuatro paredes, y el auricular que sostenía su diestra saltó hecho pedazos.

Volvióse rápidamente para ver a Calham en el umbral de la estancia. Empuñaba una «Luger», y en su rostro advertíase el ansia de matar. Algo más atrás, descubrió el muchacho a Randall.

—¡Buena puntería! ¿No es cierto? —sonrió cínicamente.

Avanzó hasta donde se hallaba Shelton, y quedósele mirando fijamente, con un gesto de intensa curiosidad.

—¡Conque hablando con Streimer!... Y, en lugar de William Pace, nos sales con Shelton. ¿Qué significa ese nombre?

—Puedo tener cuántos me plazca.

—Pero no me parece muy natural llamar a un inspector del F. B. I.,

desde este lugar. ¿De qué conoces tú a Streimer?

—Es un viejo amigo. No sé si sabrás que tengo una cuenta pendiente con la justicia.

—Muy interesante —siguió Calham, sin dejar de sonreír. Y volviéndose hacia Randall, le ordenó—: Ve en busca de Warty, y veremos de aclarar este misterio.

Randall salió, quedando Calham a solas con el muchacho.

—Yo ya soy gato viejo en estos juegos —continuó el expolicía—. Desde un principio me olí que Warty tenía las cartas marcadas. Ahora ya no me cabe duda que Streimer os envió a Brunner y a ti a husmear por estos alrededores. ¿Dónde has escondido a ese maldito inspector?

Ante la imposibilidad de Shelton, Calham optó por callarse.

Cinco minutos más tarde, Randall volvía, pero en lugar de acompañarle Warty, fue Lydia quien asomó su faz enigmática a sus

espaldas.

—Warty salió hace unos minutos, y todavía no ha regresado.

—¿Y de Brunner?

—Basil y Bud andan buscándolo por la parte del bosque. No puede estar muy lejos, ya que apenas si podía sostenerse en pie.

—Reúnete con ellos, y traedlo pronto —ordenó Calham—. Debemos acabar cuanto antes con esos dos, si no queremos que lo hagan con nosotros.

Randall salió sin hacerse repetir la orden. Entonces Lydia entró en el cuarto, pero Calham no pareció dedicarle la menor atención.

—¿A dónde llevaste a Brunner? —preguntó el antiguo sargento de policía.

Shelton encogióse de hombros.

—Debieras saber que nosotros no traicionamos a nuestros compañeros —declaró—. Tendrás que buscarlo tú mismo.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? —inquirió Lydia.

—No hagas preguntas estúpidas y ve en busca del coche —replicó Calham—. No es muy alentador tener metidos en nuestra propia casa a dos peligrosos sabuesos del

F. B. I.

—¿Sabes lo que estás diciendo, Walter?

—¡Obedece y no perdamos más tiempo!

Pero Lydia no le hizo ningún caso. Acercóse a Shelton, y encaróse con él.

—¿Qué tienes que decir a esto? —preguntóle, no convencida de las imputaciones de Calham.

—Me llamo Shelton —manifestó, tranquilamente, el muchacho—. Ese hombre ha sospechado de mí, y ya puedes ver en qué forma.

En un instante, sus facciones transformáronse radicalmente. Parecía una arpía dispuesta a arañarle y despedazarle con sus propias manos.

—¡Maldito espía! —chilló, abofeteándolo—. ¡Has estado engañándome miserablemente! ¡Ocupando el puesto de William para perdernos a todos! ¿Qué hiciste de él? ¡Seguro que fuiste tú mismo quien lo mató, para introducirte en este lugar y ocupar su puesto!

Calham acercóse, a Lydia, y cogiéndola de un brazo la apartó bruscamente.

—¿Qué tienes tú que ver con ese hombre? —interrogó, duramente.

—¡Me engañó con astucia, y consiguió que le hablara de lo que aquí se obtiene! ¡Sabe más de lo que debiera y...!

—No importa —cortó Calham, con frialdad—. De nada le servirá. Lo mejor que puedes hacer es ir a disponer el coche para tenerlo todo a punto en cuanto cacen a ese inspector.

Todavía dirigióle Lydia una última mirada cargada de odio. Inmediatamente, salió del despacho.

Calham fue a sentarse junto a la puerta, y desde allí, con la «Luger» apercibida, permaneció atento a los menores gestos de su prisionero.

Veinte minutos más tarde, regresaban Bud y Basil. Traían a Brunner, cogiéndolo uno de cada brazo, casi a rastras.

—Lo hallamos escondido muy cerca de aquí —contó Basil, con bestial expresión—. A éste no le quedarán ganas de repetir la hazaña.

Miró seguidamente a Calham, como pidiéndole permiso para hacer lo mismo con el joven agente.

—No es preciso —dijo el jefe de la organización—. ¿Está ya dispuesto el coche?

Lydia, que acababa de entrar, asintió con un gesto.

—Será mejor que Warty se haya ido —comentó.

Sacaron a los dos hombres, y luego de ligar sus manos y pies, los metieron en el coche que aguardaba a la puerta. Bud y Basil colocáronse uno a cada lado, en tanto Lydia lo hacía delante, junto a Calham, que conducía.

Al llegar a la carretera, en lugar de tomar la dirección de Nueva York, Calham desvió el vehículo hacia el lado opuesto. Media milla más allá, lo detuvo.

Con irreprimible inquietud, advirtió Shelton que lo había detenido a poca distancia de la granja donde dejara aquella mañana a Esther Finney, pero estaba seguro de que la muchacha habría advertido su presencia y se habría ocultado a tiempo.

Calham se apeó del automóvil, y se dirigió al edificio.

En la misma puerta le salió al paso el granjero.

—¿Qué busca por aquí? —preguntóle, con gesto huraño.

—He de hablar con Nueva York —manifestó, amable y cortés—.

¿Tendría inconveniente en que usara su teléfono?

El granjero mirólo de arriba abajo, y se hizo a un lado.

—Pase —le dijo. Y mostrándole un rincón del zaguán, añadió—: Ahí lo tiene.

Calham consultó el listín, y llamó a Nueva York. Casi inmediatamente, comunicáronle con el número pedido.

—¡Oiga! —llamó—. ¿Es Streimer?

—Sí, soy Streimer —contestó la voz, al otro extremo del hilo—. ¿Quién es usted?

—Soy Shelton —habló Calham, procurando desfigurar su voz y adaptarla en lo posible a la de su prisionero.

—¡Celebro oírte, Shelton! Quedé intranquilo al interrumpirse antes la comunicación con un disparo.

—No se preocupe. Todo va bien. Ahora salgo para Boston.

—¿Para Boston? Precisamente...

Calham colgó el auricular, y salió.

En la puerta estaba el granjero.

—Gracias —le dijo—. Buenas tardes.

—Buenas tardes.

Fue hasta el coche, y subió a él. Al tiempo de ponerlo en marcha, volvióse hacia sus dos compinches, que seguían con sus pistolas en los costados de sus prisioneros.

—Ya no es necesario —les indicó.

El coche siguió en la dirección de Albany, pero a cosa de media milla desvióse por un ramal que conducía a Buffalo.

El camino serpenteaba al borde de un barranco, por cuyo fondo corrían las turbulentas aguas de un río.

—Tengo la impresión de que ese coche viene siguiéndonos desde que nos detuvimos en aquella granja —observó Basil.

Calham volvió un instante la cabeza, pero tuvo inmediatamente que atender a la carretera a causa del peligro que suponía descuidarse un momento.

—¿Puedes ver quién lo conduce? —preguntó.

—Se mantiene a demasiada distancia. No parece tener mucho interés en acercarse.

Shelton sospechó que Esther se había dado cuenta de lo que les sucedía, y había solicitado la ayuda del granjero. Miró a Calham, y lo vio completamente tranquilo. Por el contrario, Basil y Bud

demostraban el nerviosismo que estaba apoderándose de ellos.

—¿Con quién hablaste? —interrogó Lydia, en aquel momento.

—Con Streimer —y al ver que la mujer se le quedaba mirando, aclaró—: Streimer es el inspector jefe de la Sección Especial del F. B. I.

—¿Y para qué hablaste con Streimer? —insistió Lydia.

—Fingí que era Shelton quien lo llamaba. Necesitaba cerciorarme de que no eran suposiciones nuestras. Ahora ya sé que Shelton es uno de sus hombres.

Shelton advirtió cómo Lydia giraba la cabeza hacia él, y lo miraba por breves instantes.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó de nuevo a Calham.

El expolicía volvióse antes para observar al automóvil, que, desde alguna distancia, iba siguiéndolos.

—Dentro de poco nos desviaremos por un camino de tercer orden. Si éstos se empeñan en seguirnos, tanto peor. Les daremos una buena sorpresa.

—¿Qué piensas hacer con estos hombres? —inquirió Lydia.

—¿Has oído hablar de «Rook Rock»?

—¿«Rook Rock»? —murmuró—. ¿Qué lugar es éste?

—Un despeñadero de unos ciento cincuenta pies, que encontraremos en el camino. En aquellas hondonadas, tardarán muchos días en hallar lo que quede de sus cuerpos.

Siguió un largo silencio. Las palabras de Calham en su conversación con Lydia, ya no dejaron ninguna duda en el ánimo de Shelton de las intenciones que los malhechores abrigaban.

«Aun cuando en el coche que venía siguiéndolos —pensaba el muchacho— se encontraran Esther y el granjero, bien poca cosa era lo que por ellos pudieran hacer».

Ante una perspectiva tan sombría, era preciso actuar rápidamente. Tanteó la solidez de sus ligaduras, comprobando que no cederían por muchos esfuerzos que hiciera. Y, por lo que podía apreciar en aquellos instantes, acababan de desviarse por una ramificación, lo que significaba que «Rook Rock» no podía estar lejos.

Los propósitos de Calham y sus secuaces no podían ser más claros. Un tiro en la nuca y un salto desde ciento cincuenta pies, para ir a estrellarse contra el rocoso lecho del fondo.

A pesar de su sangre fría, no pudo evitar un estremecimiento de horror.

Si debían morir, prefería escoger él mismo la clase de muerte. En el primer momento que se le presentase, pondría a contribución toda su astucia y todas sus energías, para impedir los propósitos de los bandidos.

Lentamente fue encogiéndose en su asiento y doblando las piernas hasta el límite que le permitía el espacio disponible. Confiaba en sus facultades y sólo aguardaba la coyuntura favorable.

Y ésta no tardó en surgir. La carretera seguía ascendiendo, y el barranco quedaba ahora a mano derecha. Shelton advirtió que pronto iban a tornar una curva y que, como en todas las anteriores, no por ello disminuía Calham la velocidad del coche.

Esperó unos segundos más. La curva estaba próxima, y Calham ya iba a desviar el volante, cuando Shelton contrajo todos sus músculos y, distendiéndolos violentamente, levantó ambas piernas a un tiempo, proyectándolas contra la cabeza de Calham.

El cuerpo del forajido fue a caer contra el volante. La inesperada violencia de la acción de Shelton, dejóle aturdido, y cuando quiso enmendar la dirección, ya era tarde.

El coche salió de la carretera y lanzóse por la pendiente del barranco.

Los gritos de espanto de Lydia mezcláronse con las imprecaciones y maldiciones lanzadas por Calham y sus compinches. Luego, el auto dio una voltereta, yendo a quedar tumbado sobre el lecho del río.

Aun cuando en aquel lugar la anchura no era mucha, tenía, sin embargo, la suficiente profundidad para sumergir en sus aguas a la casi totalidad del vehículo.

Calham fue quien primero logró salir. A pesar del golpe recibido, consiguió reaccionar antes que los demás. Ayudó a Lydia a pasar por la ventanilla abierta, y tendió una mano a Basil, que, con el rostro ensangrentado, forcejeaba por salir a la superficie. Luego, entre los dos hombres extrajeron a Bud, que había perdido el conocimiento.

—¡Vamos arriba inmediatamente! —ordenó Calham, comenzando a subir por la pendiente con el cuerpo inanimado de Bud.

—¿No les pegamos antes unos tiros? —preguntó Basil, indeciso, mientras señalaba el coche casi sumergido.

—No es preciso. Estando inmovilizados por las cuerdas, no podrán salir y morirán ahogados.

Aquella explicación pareció convencer a Basil, ya que decidióse a seguir a su jefe.

Llegaron arriba en el preciso momento que el automóvil que habíales seguido se detenía, y de él se apeaba Esther Finney. Al darse cuenta que se trataba de Calham, intentó retroceder y subir de nuevo al coche, pero en cuatro zancadas el jefe de aquella banda se lo impidió.

—¡Ah, vamos! —sonrió siniestramente—. Conque eras tú la que venía siguiéndonos los pasos.

—¿Qué habéis hecho de aquellos dos hombres? —Irguióse la joven, retadora.

—Ya no tienes que preocuparte por ellos, pequeña —replicó Calham, cínicamente—. Puedes, por el camino, dedicarles alguna de tus oraciones.

Y la empujó violentamente, obligándola a subir en el mismo coche que la llevara hasta allí.

—¡Miserables! ¡Canallas! —protestó Esther, sollozando.

Pero de una brutal bofetada, Calham la hizo callar.

—¡Vamos, pronto, antes de que aparezca alguien por aquí!

Subieron todos al coche, que, conducido por Calham, dio la vuelta para retroceder hacia el cruce del que procedían. En el asiento posterior, Basil cuidaba de la muchacha, amenazándola, para evitar que diera la voz de alarma al cruzarse con otros vehículos.

Cuando llegaron a la factoría, estaba anocheciendo.

—¡Llévate el coche, y déjalo en cualquier sitio lejos de aquí! —ordenó Calham a Basil.

A Esther hiriéronla entrar en la cabaña que había cerca de la fábrica. Bud, que había recibido un fuerte golpe, tumbóse en un camastro, y cerró los ojos.

—Ve en busca de Warty y dile que venga aquí —ordenó a Lydia, que únicamente había recibido leves rasguños en el accidente.

Lydia salió a cumplir el encargo, y a los pocos momentos regresaba acompañada del ingeniero de la fábrica.

—¿Qué habéis estado haciendo? —inquirió éste, dirigiéndose a Calham, que seguía vigilando a la hermana de George Finney.

—¡Eres un miserable, Warty! —recriminóle fríamente—. Asesinaste a Pace para hacerte con los beneficios de la fábrica, y pusiste en su lugar a un individuo de quien creíste que era la casualidad la que lo ponía en tu camino, cuando en realidad lo que hacía era vigilar tus pasos.

—¡Eso no es cierto! —tronó Warty, golpeando la mesa con su puño—. ¡Y en esta cuestión no tienes por qué entrometerte en mis asuntos!

—¿Sabes quién es el hombre que pusiste en lugar de William Pace? —inquirió Calham, mirándolo con la misma complacencia que sentiría el gato ante el inocente ratón que se encontrara en sus garras.

—Sí. Se llama Shelton y está perseguido por la justicia por asesinato comprobado.

Aquellas palabras sólo consiguieron despertar la hilaridad de Calham.

—Puedes ir al teléfono, y preguntar a Streimer, del F. B. I., por su agente Shelton. ¡Qué imbécil has sido, Warty!

Las facciones de Warty contrajéronse duramente, y sus ojos cubriéronse de un velo rojo. Con increíble rapidez llevóse una mano al sobaco, y la sacó armada con una pistola.

Calham lo miró sin turbarse lo más mínimo. Sus ojos fueron del rostro de Warty al arma que empuñaba.

—¿Crees que así ibas a solucionar algo? —Y señalándole una de las sillas, añadió—: Siéntate ahí, Warty, y hablemos despacio. No es difícil que la policía tarde en aparecer por aquí, y para tu propio interés y el mío, será mejor que nos pongamos una vez más de acuerdo.

VIII

Con la celeridad de un relámpago, dióse cuenta Shelton de la situación. El hecho de haber ido hasta entonces entre los dos forajidos, le privó de recibir algún golpe de consideración, pero al llenar las aguas el interior del vehículo, comprendió que sólo un milagro iba a salvarles de morir ahogados.

Tenía manos y pies atados. Sentía debatirse a su lado el cuerpo de Brunner, haciendo desesperados esfuerzos por librarse de las ligaduras. Sabía que estaban solos, y que, en el mejor de los casos, al salir a la superficie, serían recibidos con una descarga por los malhechores que acababan de salvarse sin una excepción.

Trató de pasar su cuerpo por la ventanilla. Estaba roto el cristal y lo dificultaba en gran parte, pero aquello le sugirió una solución.

Volviéndose de espaldas, tanteó con las manos atadas hasta dar con el borde del cristal destrozado.

En él apoyó las cuerdas, y moviéndolas de arriba abajo, no tardó en comprobar que quedaban cortadas como si se tratara del más afilado cuchillo.

El aire faltaba en sus pulmones, y el corazón y las sienes golpeábanle con violencia. Con un rápido movimiento, consiguió salir de aquella cárcel, y asomar a la superficie. Apoyado en el vehículo, libróse de las ligaduras de los pies.

Una rápida mirada le permitió ver a Calham y sus secuaces ascender por la empinada ladera, en dirección de la carretera.

Volvió a sumergirse, y desde la misma ventanilla atrajo con fuerza al inconsciente Brunner. Unos esfuerzos más, y consiguió dejarlo sobre las piedras de la orilla.

Arrastrólo al abrigo de unos matorrales, y ocultóse hasta que los bandidos ya no fueron visibles.

Despojándose de la chaqueta, quitó las ligaduras a su compañero y procedió a practicarle la respiración artificial.

Afortunadamente, Brunner había tragado poca agua, y no tardó en volver en, sí.

—¿Cómo estás, Tommy? —preguntóle, cariñosamente.

—Ahora creo que me encuentro mejor, Dick —repuso el inspector, sonriendo—. El agua ha terminado por despejarme del todo.

—Debemos alejarnos de aquí cuanto antes. No sea que se les ocurra volver, y se desperdicie esta oportunidad.

Ayudó a Brunner a ponerse en pie, pero mientras corrían río abajo, advirtió cómo iba recobrándose rápidamente.

La obscuridad que iba en aumento favorecía sus propósitos, y a cosa de media milla del lugar del accidente, hallaron un sendero que les permitió ascender hasta la carretera.

Cinco minutos después, los faros de un automóvil rasgaron la obscuridad.

Shelton y Brunner se colocaron en el centro de la carretera, con los brazos abiertos.

Chirriaron los frenos, y el vehículo se detuvo.

—¿Qué pasa? —preguntó el conductor, asomando la cabeza.

—Inspector Brunner, de la Oficina de Investigación —dijo, mostrándole la insignia—. Hemos tenido un accidente y caímos al río. ¿A dónde se dirige?

—Voy a Nueva York —contestó el hombre, más tranquilo—. Puedo llevarles allá, si lo desean.

—No, será suficiente que nos deje cerca del cruce de Albany.

—Está bien. Suban.

Ocuparon los asientos posteriores, y el coche se puso en marcha.

Muy cerca del cruce de Albany, Shelton indicó al conductor que deseaban apearse. Así lo hicieron, y se encaminaron a la granja en la que dejara a Esther.

—¿Dónde está la joven que traje esta mañana? —preguntóle al granjero.

El hombre los miró, intranquilo.

—Me pidió que le prestara el coche para ir a Albany, pero todavía no ha vuelto. ¿Necesitan que les ayude? —añadió, al ver el estado en que se hallaban.

—No —repuso Shelton—. Probablemente, más tarde. Volveremos aquí, si es preciso.

Adentráronse en el bosque, en dirección de la factoría. Caminaban deprisa, ya que no era probable que nadie vigilara aquellos alrededores. Por ello, sorprendiéronse al distinguir luz en algunas ventanas, mucho antes de lo que esperaban.

—Me parece una insensatez lo que piensas llevar a cabo —decidióse Brunner a prevenirle—. Piensa que ninguno de los dos llevamos armas, y que lo mejor sería llamar refuerzos para sorprender a todos los que integraban esa banda.

—Lo sé, pero mientras Esther esté en sus manos, no quiero pensar en nada más.

—No estamos seguros de ello.

—No me cabe ninguna duda.

Brunner desistió de convencerlo. Debía mucho a Shelton, y, por otra parte, emanaba de su persona tal sensación de seguridad y dominio, que no vaciló en seguir sus pasos a dónde quiera que fuese.

Acercáronse al edificio de la fábrica. Estaba a oscuras, y no se veía a nadie por sus inmediaciones.

—La habrán llevado a la cabaña que hay en el bosque —opinó Brunner—. Allí fue donde me condujeron primero.

Retrocedieron hasta, el bosque, y dirigieronse hacia el lugar indicado. Una de las ventanas estaba entreabierta. Mirando por el resquicio, vieron a Bud que colgaba las prendas de su traje mojado. Se había colocado un mono azul, y estaba solo.

A la puerta de la cabaña estaba el coche que les siguiera por la carretera que conducía a «Rook Rock».

—No pueden estar lejos —susurró Shelton, al oído de su compañero.

—Pero no me parece que estén ahí dentro. Tal vez ese pájaro podría contarnos algunas cosas de las que sabe.

Viéronlo como cogía una pistola, limpiábala cuidadosamente, y colocaba un cargador. Entonces, apagó la luz.

Shelton y Brunner colocáronse a ambos lados de la puerta de salida. Ésta se abrió a los pocos instantes, para dejar paso a la corpulenta figura de Bud.

—¡Hola, amigo! —sorprendióle Brunner, plantándose frente a él.

—¿Qué diablos...?

Fue, a echar mano de la pistola, pero Shelton surgió de la

obscuridad, saltando sobre él como una pantera. Un golpe con un leño que acababa de coger del suelo, fue suficiente para que la mole de Bud se desmoronara sin proferir el más leve gemido.

—Quítale el arma, Tommy —indicó Shelton a su amigo, mientras desde el suelo daba la vuelta al caído.

Brunner lo hizo, y guardóse la pistola del forajido.

—Ahora, parece que me encuentro a mis anchas —sonrió, satisfecho.

Silenciosamente deslizáronse por detrás de las edificaciones, hasta alcanzar la fábrica. La puerta seguía cerrada, pero al mirar por una de las ventanas, descubrieron que había luz en su interior. Ningún acceso, ninguna abertura, ofrecíales la posibilidad de entrar allí.

Al dar la vuelta al edificio, descubrió Shelton la cloaca de desagüe de los líquidos residuales en la elaboración de los productos químicos. Era lo suficiente ancha para permitir el paso de un hombre, y sin aguardar el parecer de Brunner, metióse por ella.

Fue a salir a un cuarto donde había cuatro depósitos de grandes dimensiones. Una puerta comunicaba con el resto de la nave.

Los dos hombres continuaron avanzando hasta descubrir el lugar del que les llegaba la luz. Tratábase de un cuartito situado en el departamento de envasado. De él precedía el rumor de voces conminatorias; y el tono más apagado de unos sollozos de y mujer.

—Ahí están —dijo Shelton, tocando con el codo a su acompañante.

Continuaron hasta aquel lugar. El muchacho vio cómo Brunner sacaba la pistola, y la disponía para cualquier eventualidad. Luego, atisbó desde el umbral.

En la habitación se encontraban Warty, Calham y Basil, rodeando a Esther Finney, que se había dejado caer sobre una banqueta. Más a la derecha, y como apartados del grupo, estaban dos hombres más. Era la primera vez que Shelton veía sus facciones. Warty se inclinaba sobre la joven y hablaba en tono bajo, aunque amenazador. Esther cubríase el rostro con ambas manos y negábase a contestar.

Shelton avanzó unos pasos más, y Brunner colocóse a su lado.

Calham fue quien primero descubrió su presencia.

—¡No te muevas, Calham! —advirtió Brunner, levantando

ligeramente el arma para que fuera visible por todos.

Seis pares de ojos volviéronse a mirar la puerta. Esther se puso en pie de un salto y corrió hacia los dos agentes, pero Brunner la apartó a un lado, en dirección a Shelton.

—¡Oh, Shelton! —exclamó, abrazándose a él—. ¡Gracias a Dios que no ha ocurrido lo que temí!

—¿También te han dicho que no soy Pace? —sonrióle Shelton, acariciando sus cabellos.

—Sólo sé que usted ha sido bueno conmigo.

Brunner los empujó hacia la puerta, y dio un paso atrás, cubriéndolos.

—¡Al primero que se mueva, lo deshago a balazo! —amenazó a los reunidos.

Y, seguidamente, retrocedió hacia las sombras.

—¡Huyamos pronto! —exclamó Shelton—. El coche está a la puerta de la cabaña.

Todas las luces apagáronse en aquel momento. Shelton tiró del brazo de Esther, apartándola a un lado. Inmediatamente sonaron dos disparos. Procedían del arma de Brunner, pero no transcurrió un segundo sin que los otros replicaran.

En aquella penumbra era imposible ver nada. Mientras corrían por un pasillo, con Brunner pegado a sus talones, escuchaban los pasos precipitados de los malhechores, que intentaban cerrarles el paso.

El pasillo terminaba en un muro, y ante ellos sólo había una escalerilla que ascendía a los departamentos altos.

Sin titubear, Shelton subió por ella. Seguía oprimiendo, la mano de Esther, infundiéndole la confianza precisa para que no desfalleciera su ánimo.

De pronto, las luces se encendieron un instante, y una ráfaga de plomo los envolvió. Oyeron a Brunner dar un traspié y caer rodando por los escalones. Era indudable que había sido alcanzado por alguna de las balas de Calham y su gente.

Shelton obligó a Esther a tenderse sobre el pasillo colgante en el que ahora se hallaban. En aquella postura difícilmente podrían ser alcanzados por las balas, al mismo tiempo que desconcertaban a sus perseguidores.

Oyó, casi inmediatamente debajo de donde se hallaban, un grito

de triunfo. Todo parecía indicar que acababan de dar con el cuerpo de Brunner.

Esther cogióse de su brazo, y apoyó su cabeza en el hombro de Shelton de modo que su cabello rozábale la mejilla.

—No tengas miedo —tranquilizóla en un susurre—. No van a salirse con la suya.

Lentamente, fueron reptando por aquel pasadizo. Ignoraban a dónde conducía, aunque tenían la impresión de que los alejaba de los malhechores.

Súbitamente, el pasillo se interrumpió, y sus manos sólo encontraron el vacío. Y fue en aquel momento, cuando las luces se encendieron de nuevo, y una voz les conminó a su derecha:

—¡No hagáis un solo movimiento!

Era Basil quien les apuntaba desde una pasarela más elevada. Por otra parte, se encontraban metidos en una especie de ratonera, ya que el lugar donde se hallaban cortábase bruscamente sobre el vacío, a unos veinte pies del suelo.

Por la escalera no tardaron en llegar corriendo Calham y Warty. En un instante apoderáronse de Shelton, y lo condujeron abajo. Basil encargóse de Esther, que sollozaba presa de un fuerte nerviosismo.

Entonces pudieron advertir que Brunner estaba herido en una pierna. Habíanlo dejado sobre un cajón, vigilado por un hombre de siniestro aspecto. Al llegar junto a él, ni siquiera levantó los ojos para mirarlos.

Detrás de Warty llegó otro de los hombres de la pandilla.

—¿Has observado algo anormal fuera de la fábrica? —preguntóle Calham.

—No he visto a nadie que viniera hacia aquí.

Seguidamente, volvióse hacia los prisioneros.

—Debemos terminar de una vez con ellos —dijo a Warty—. De lo contrario, nos van a dar que sentir.

Warty asintió en silencio. Cogió a Shelton de un brazo, y sin dejar de encañonarlo, lo apartó a un lado.

—¿Qué te propones? —interrogóle Calham, desconfiado.

—Con éste, es distinto —repuso su cómplice—. Habrá que simular un accidente. Una desaparición repentina despertaría muchas sospechas, y forzosamente recaerían en nosotros.

—Está bien —accedió el jefe—. Lo dejaremos para más tarde.

A una seña suya, Basil sujetóle fuertemente por los brazos. Lo mismo hicieron con Esther y Tommy Brunner. Inmediatamente, dirigióse Warty al cercano muro, y corrió una especie de puerta montada sobre carriles.

En el hueco apareció un enorme recipiente parecido a una bañera, llena de un líquido que despedía un olor fuerte y nauseabundo.

Horrorizado, advirtió Shelton que se trataba de un baño de ácido. Las intenciones de aquellos malvados quedaban bien de manifiesto con aquella simple demostración.

Intentó librarse de las garras de su guardián, ensayando una violenta contracción, pero no tuvo éxito. Basil era hombre avezado a aquellas tretas, y no era fácil pillarle desprevenido.

Los dos servidores de Calham apoderáronse de Esther, y aguardaron la orden de su jefe.

—Sí —asintió con un gesto—. Será preferible empezar con la chica.

Los dos hombres arrastraron a Esther hacia el recipiente de ácido.

—¡No, no! —gritó, aterrada—. ¡Soltadme! ¡No quiero morir así!

Shelton redobló sus esfuerzos. La desesperación prestábale nuevos bríos, y Basil tuvo que poner a contribución todos sus recursos para sujetarlo e impedir que se abalanzara contra los que llevaban a la muchacha. Incluso Brunner, inválido y contenido por Warty, luchó tenazmente por acudir en auxilio de la desventurada.

Esther Finney llenaba los ámbitos de la nave del edificio con sus gritos desgarradores. Pugnaba por librarse de los sicarios de Calham, mordiendo las manos que atenazaban sus brazos y pataleando histéricamente.

Pero la bañera de ácido estaba muy cerca, y sólo restaban breves instantes para que el empujón definitivo la sumergiera en el líquido abrasador y corrosivo.

A media yarda del borde, uno de los malhechores se hizo a un lado, para facilitar a su compañero tan horrible tarea. Y ya iba éste a lanzar a la infortunada criatura dentro del recipiente de ácido, cuando un disparo repercutió entre las paredes de la fábrica. El malvado ejecutor doblóse sobre sí mismo, y se desplomó sin vida.

Calham y sus secuaces revolviéronse sorprendidos en busca del que acababa de interrumpir tan siniestra tarea, más un estrépito ensordecedor revelóles bien pronto lo que estaba ocurriendo.

Las ventanas y las puertas saltaron ante el empuje de una legión de policías, armados con ametralladoras ligeras. La confusión y el pánico comenzaron a hacer presa en los desalmados.

Calham, más sereno que sus compañeros, saltó hacia la pared, y cortó el alumbrado.

La obscuridad y el fragor de los disparos contribuyeron a crear un ambiente de tensa excitación...

—¡Rodead el edificio! —gritó alguien, desde la puerta.

Algunos de los hombres salieron de nuevo para cumplir aquella orden. Al mismo tiempo, en el interior, Shelton intentaba dar con el conmutador que iluminara de nuevo la inmensa nave de la fábrica.

Al fin, lo consiguió. Pero la escena que presenció, distaba bastante de ser la que esperaba.

Esther y Brunner se hallaban cerca de él, pero de los bandidos no se veía ni rastro.

Al frente de un grupo de tres agentes, se les acercó Streimer. Unos pasos retrasado, seguía a George Finney.

—¿Cómo estás, Shelton? —preguntó el inspector jefe, con ansiedad—. ¿Te han herido?

—Estoy bien —repuso rápidamente—. ¡Debemos impedir que puedan escapar!

—No escapan. He mandado rodear la fábrica. ¡Demonios! —exclamó, dándose cuenta por primera vez de la presencia de Brunner—. ¿Qué estás haciendo tú por aquí?

—Yo lo está viendo, inspector —sonrió el aludido—. Creando un sinfín de dificultades al amigo Shelton.

—A Tommy lo pescaron en Muttery Street, y lo trajeron aquí. Desde entonces hemos estado trabajando juntos —explicó Shelton.

Varios agentes se les acercaron, conduciendo a Basil y a sus dos compinches, pero de Warty y Calham no se encontró ni rastro.

—¡Han conseguido escapar! —exclamó Shelton—. ¡Vayamos en su busca, antes no sea demasiado tarde!

Buscó con la mirada a Esther, y la vio en brazos de su hermano George. Entonces, echó a correr hacia la salida.

Sólo había una pareja de agentes custodiando la puerta. Streimer

le seguía con toda la celeridad que sus piernas le permitían.

—¡Vamos hacia la cabaña, inspector! —apremióle—. ¡No hay duda que intentarán escapar por aquella parte!

Efectivamente, desde alguna distancia, escucharon el ruido de un motor, al ser puesto en marcha. Unos segundos después, vieron la sombra del automóvil deslizarse rauda entre los árboles.

—¡Hay que seguirle inmediatamente!

—¡Tengo mi coche cerca de aquí! —dijo Streimer—. ¡Es muy rápido!

Fueron hasta el vehículo, y al abrir la portezuela dieron orden al agente conductor de que se dirigiera velozmente hacia el cruce.

Ya antes de llegar a él, vieron desde alguna distancia al coche que seguían, desviarse hacia Nueva York.

—¿Cómo ha sido su providencial aparición? —preguntó Shelton al inspector jefe, que sentábase a su lado.

—Detuvimos al joven que enviaste, y le obligamos a confesar.

—¿Se refiere a George Finney?

—Así dijo llamarse. No me pareció mal muchacho. Me habló de algunas cosas que ocurrían por aquí.

—¿Y ello le decidió a venir?

—No —repuso Streimer—. Esperaba tu nueva llamada. Y cuando llegó, me dejó en un mar de confusiones.

—Yo sólo le llamé una vez —declaró Shelton, recordando el momento en que Calham cortó la comunicación de un pistoletazo.

—Entonces, alguien...

—Ya entiendo —murmuró, pensativo—. Calham fue quien debió hacerlo, desde la granja. ¿Qué le dijo ese hombre?

—Me habló como si fueras tú quien lo hacía. Sólo me dijo que salía para Boston.

—No lo entiendo. En aquel momento, nos dirigíamos al «Rook Rock».

—No sé por qué, me extrañó lo que estaba diciendo. Y fue entonces cuando sospeché que algo te estaba ocurriendo. Fui en busca de ese Finney, y le dije que tenía que acompañarnos hasta aquí. Lo demás, ya puedes imaginarlo. Explorábamos esta parte cuando oímos los gritos que lanzaba esa muchacha que tenían con vosotros. Entonces di orden de entrar en la fábrica a toda costa.

Shelton pasóse una mano por la frente.

—Fue algo espantoso. Habían preparado un baño de ácido, y de haber tardado unos segundos más...

Guardó silencio, y Streimer lo imitó.

La lucecita trasera del coche que seguían, era ahora perfectamente visible. Shelton tenía la seguridad de que en él iba Calham, el cerebro diabólico de aquella criminal organización, pero, asimismo, sospechaba que no trataba de huir solo.

El conductor volvióse en aquel momento hacia su superior.

—Tal vez convendría avisar a las patrullas que operan en la zona de Kingston —sugirió—. Parece ser que se dirigen hacia ese punto.

—Tienes razón —asintió Streimer—. Llama para que controlen todos los coches procedentes de Albany.

El agente dio la vuelta a una llave, y una lucecita verde brilló entre los registradores. Seguidamente tomó el micrófono portátil, y lo llevó a la altura de sus labios.

—¡Atención coches sector 63-

K-N.

Y.! ¡Atención coches de patrulla en el sector G3-

K-N.

-Y.! ¡Llama el coche

255-S.

3! ¡Coche 255-S. 3 llama a todos los coches de patrulla en el sector 63-

K-N.

-Y.! ¡Atención, mucha atención! ¡Se ordena la detención y registro de los coches procedentes de Albany, por las pistas 7 y 19! ¡Orden de detención!, ¡y registro de los coches procedentes de Albany, por pistas 7 y 19! ¡Seguimos al coche «centro» y daremos inmediatamente la clave de lugar y abertura bloqueo!

—¿A qué distancia estamos de Kingston? —preguntó Streimer.

—Falta aún cosa de veinte millas.

—Procura no perderlo de vista. Dentro de cinco minutos repite la llamada.

—No llevo ningún arma —advirtió Shelton a su superior—. Lo más probable es que llegue a necesitarla.

—¿Dónde dejaste la «Thompson», Carr? —preguntó Streimer al agente que iba al volante.

—La encontrará debajo del asiento.

Buscaron en el sitio indicado, y allí estaba la eficaz ametralladora ligera.

Shelton examinóla minuciosamente, aun cuando sabía de antemano que en los coches de la Policía Metropolitana todas las armas se encontraban siempre a punto.

En aquel preciso instante, el conductor llamó su atención.

—¡Acaban de desviarse por el ramal de Hartford!

En efecto, el coche había tomado la dirección de la izquierda. Tan pronto llegaron al cruce, distinguieronlo como se alejaba velozmente por el ramal que conducía a la ciudad de Hartford.

—Llama de nuevo, Carr —ordenóle Streimer.

El agente Carr repitió la operación de antes, y tomó el micrófono.

—¡Atención! ¡Atención! ¡Coche

225-S.

3 rectifica su llamada anterior! ¡Se anula la orden dada a los coches patrulla en el sector 63-

K-N.

Y.! ¡Se previene a los coches de patrulla en el sector 68-

H-CO,

para que estén alerta a la orden de captura coche «centro» en ruta hacia Hartford! ¡Coche 225-S. 3 ordena a coches patrullas sector 68-H-CO,

se mantengan alerta y aguarden clave de lugar y apertura bloqueo!

Por dos veces más, repitió su llamada.

—Procura acercarte un poco más, Carr —recomendóle Streimer. Y, al mismo tiempo, tocó el brazo de Shelton—: No te descuides ahora, Dick.

Se encontraban al final de una cuesta, después de la cual venía una curva prenunciada. Al doblar esta última, Carr pisó el acelerador, pero segundos más tarde comenzó a frenar.

—¡Cuidado, inspector! —advirtió—. El coche está detenido al borde de la carretera.

Shelton apercibió la «Thompson», y apoyó el cañón en el borde de la ventanilla.

El automóvil fue a detenerse a escasos metros del que ocupaba Calham.

Con las manos crispadas sobre la «Thompson», Shelton clavó su mirada en la masa oscura del automóvil que tenía a pocas yardas, a su derecha. Streimer y el agente Carr, empuñando sendas pistolas, aproximábanse al vehículo, tomando las necesarias precauciones para no ser sorprendidos.

Los vio detenerse junto al mismo, y al instante el haz luminoso de la linterna de Streimer proyectarse hacia el interior.

—¡Ven aquí, Dick! —llamó al momento.

Shelton saltó del vehículo, y se dirigió hacia ellos. Una sola mirada le bastó para cerciorarse de lo que había sospechado.

El coche en el que Calham había huido, estaba vacío.

IX

La mirada de los tres hombres desvióse hacia el borde derecho de la carretera. Sólo por allí podían haber huido los ocupantes del auto abandonado, ya que hacia la izquierda alzábase un muro rocoso e inaccesible, al menos en el poco tiempo transcurrido hasta la llegada de los policías.

A sus mismos pies comenzaba un barranco de vastas proporciones. El bosque se iniciaba allí mismo, y se extendía en una superficie de algunas millas cuadradas en dirección Este.

—Es preciso que llames a cuántos coches de patrulla se encuentren cerca de aquí —ordenó Streimer al agente que los acompañaba—. No podemos correr el riesgo de que se nos escapen de las manos, cuando ya estaban a punto de ser capturados.

—Bien, inspector —asintió Carr—. ¿No cree que sería mejor utilizar el proyector para registrar esa parte del bosque?

—Sí, me parece una buena idea —y, volviéndose hacia Shelton, añadió—: ¿Vamos ya, Dick?

Adentráronse en la espesura, en tanto que el agente Carr regresaba al coche para lanzar su llamada de ayuda a los coches que encontraran por allí cerca. Caminaban separados uno del otro y alerta sus cinco sentidos, para evitar cualquier emboscada por parte de los malhechores. A intervalos, Streimer encendía su linterna para registrar los presuntos escondrijos, y de vez en cuando, ambos deteníanse para escuchar, por si en el silencio de aquellas soledades conseguían percibir el rumor de las ramas al ser movidas por algún cuerpo al paso.

De pronto, un haz luminoso brilló por encima de sus cabezas. Era el reflector que Carr acababa de encender, y con el cual intentaría cooperar en su búsqueda. Las copas de los árboles, al ser bañadas por el potente resplandor, despedían destellos argentinos que daban al bosque un aspecto fantástico.

El ruido de una piedra, al rodar por la pendiente, hizo detenerse a los dos hombres.

—¡Ha sido hacia la derecha! —advirtió Shelton a su superior, que se habían adelantado unos pasos a su izquierda.

Los dos hombres echaron a correr en aquella dirección, y en breves segundos alcanzaron un pronunciado declive, libre de toda vegetación y enteramente cubierto de pedruscos.

El rumor de alguien que corría entre los arbustos percibíase claramente hacia abajo.

A una indicación de Streimer, Shelton apuntó hacia la masa oscura del arbolado, y envió una breve ráfaga de su «Thompson».

El rosario de detonaciones repercutió en la hondonada. Inmediatamente, desde lo alto, el reflector de Carr enfiló aquellos parajes.

Los dos hombres cruzaron el claro con toda la celeridad de sus piernas, y no se detuvieron hasta ganar de nuevo la protección de los árboles. Mas, no bien llegaron a ellos, cuando una serie de detonaciones llególes desde la pendiente opuesta.

Entonces, a la luz del reflector que manejaba Carr, descubrieron tres sombras que se deslizaban entre los árboles. Debían haber cruzado el riachuelo del fondo para alcanzar la ladera que tenían enfrente.

Streimer y Shelton hicieron lo propio. Era indudable que Carr había descubierto a los fugitivos, ya que el implacable haz seguía desde la carretera sus zigzagueantes trayectorias.

Unas sirenas aullaron hacia la derecha, anunciando la llegada de los primeros refuerzos. Indudablemente, Carr advirtiéndoles de la situación, por cuanto en el acto continuaron su marcha al objeto de contar la retirada a los que huían.

Unas doscientas yardas más allá del arroyo, comenzaba el terreno llano. Algunos árboles desperdigados y una casa, alteraban la uniformidad de los campos. Más allá, estaba la carretera. Y en aquel preciso instante, acababan de detenerse dos de los autos de patrulla.

—¡Cuidado, muchachos! —gritóles Streimer—. ¡Vigilad bien el terreno que hay hasta la casa!

—¿Quién es usted? —preguntaron del otro lado.

—¡Soy el inspector Streimer! ¡Conmigo viene el agente Shelton!

—¡Bien, inspector! —respondieron—. ¡Estando alerta!

Dos nuevas detonaciones resonaron en aquel momento. Shelton tenía la seguridad de que habíanse producido por la parte de la granja, y así lo manifestó a su jefe.

—No me extrañaría que hubieran intentado buscar refugio allí. Esa gente se siente más segura tras unos muros y disparando desde una ventana, que en pleno campo.

Fueron acercándose a la granja, sin encontrar nuevo rastro de los malhechores.

—No hay luz en ninguna de las ventanas —le hizo notar el inspector—. Quédate vigilando la fachada, mientras yo doy un rodeo y voy en busca de los demás hombres.

Shelton obedeció y tendióse junto a unos matorrales. Diez minutos más tarde, Streimer estaba de regreso. Le acompañaban tres de los policías.

—Habrá que cerciorarse de que se han ocultado en la casa —le dijo.

—Ahora vendrá hasta aquí uno de los coches para enfocar la fachada —respondió Streimer—. En el otro lado, han quedado cinco hombres acechando.

En efecto, no tardó en llegar el coche indicado, con más policías. Pero no fue necesaria la maniobra propuesta por el inspector, ya que apenas cruzó por delante de la casa, cuando una descarga que partió de una de las ventanas, estremeció nuevamente la quietud de la noche.

Inmediatamente, de distintos puntos contestaron. Shelton y los agentes situados cerca de él, tomaron como blanco las ventanas de aquella parte.

Cinco minutos duró aquella barahúnda de disparos. Al cabo, cesó con la misma rapidez que comenzara.

—¡Entrégate, Calham! —conminó Streimer, en alta voz—. ¡No tienes ningún escape, y sólo complicarás tu propia situación!

Una ráfaga de ametralladora le respondió.

—¡Eres un insensato, Calham! —insistió Streimer—. ¡No cometas un crimen que haría irreparable una suerte que aún puedes esquivar!

Arreciaron los disparos, y uno de los guardias lanzó un gemido de dolor. Con aquel acto, Calham cerraba definitivamente toda

negociación con los sitiadores.

Desde varios puntos fueron llegando nuevos refuerzos, y el fuego aumentó en densidad.

—No va a quedar otra solución que acribillarlos ahí dentro —observó Streimer, con gesto de contrariedad.

—Eso indica que Calham está más comprometido de lo que por ahora sabemos. Pero los que lo acompañan...

Aquella segunda escaramuza se prolongó por espacio de quince minutos, y fue decreciendo paulatinamente hasta extinguirse por completo.

—Han debido agotar las municiones —observó Streimer.

—¿Me deja que vaya a comprobarlo? —preguntó Shelton.

—Sería arriesgado, todavía. No debemos fiarnos de esa gente.

Desde cierta distancia, el coche que llegara hasta allí enfocó con su reflector la fachada de la granja. No se veía a nadie asomar tras las acribilladas ventanas.

Shelton lanzó una nueva ráfaga, que no obtuvo réplica.

—Voy a llegarme allá —insistió.

—Ve con cuidado, Dick —recomendóle el inspector.

Todos a una, los agentes que rodeaban a Shelton comenzaron a disparar sus armas. El muchacho se puso en pie, y emprendió rápida carrera que le llevó hasta los mismos muros de la granja.

Ningún disparo partió para impedir sus propósitos.

Pegado al muro y con la «Thompson» preparada, Shelton fue acercándose a la puerta.

—¡No prolongues una resistencia inútil, Calham! —Volvió a conminarle Streimer—. ¡No tienes el menor escape!

El silencio más absoluto siguió a sus palabras.

En aquel momento, Shelton, que se hallaba al borde de la entrada, percibió el rumor de unas pisadas que se acercaban desde el interior de la casa. Retrocedió un paso, y quedó a la expectativa con el cañón de la «Thompson» dirigido a la puerta.

No tardó ésta en abrirse, y una figura apareció en el umbral, bañada por la luz brillante del reflector. No llevaba arma alguna, y apenas salió de la casa levantó en alto sus brazos.

—¡Lydia! —exclamó Shelton, al reconocerla.

Efectivamente, era Lydia, la compañera de Calham, quien acababa de abandonar la granja.

Al oír la voz de Shelton, detúvose, sorprendida. Indudablemente, no esperaba encontrarlo allí.

—¡Ah! ¿Es usted?

—¿Qué se propone? —interrogóla el muchacho, sin dejar de apuntar hacia ella.

—He decidido entregarme.

—¿Y Calham? ¿Y el otro hombre que iba con él?

—Están muertos.

—Le advierto que si es una estratagema, va a salirle mal.

—No es una estratagema —repuso, indiferente—. Puede entrar a comprobarlo.

Shelton quedó un instante indeciso. Luego contestó, señalándole el lugar donde estaba Streimer:

—Siga hacia allá. Y diga al inspector Streimer eso mismo que acaba, de decirme.

Lydia obedeció a su indicación. Echó a andar hacia donde el inspector y los demás agentes se hallaban apostados. Su andar era firme, y ni por un momento viósele desfallecer.

Al llegar junto a los árboles, Streimer salió de su escondite.

—¡No se mueva! —le ordenó.

—No tema, inspector —díjole tranquilamente—. No voy armada.

—¿Quién es usted?

—Estaba con Calham —repuso, sin decir su nombre—. Me obligó a huir con él.

—¿Qué es lo que ha venido a buscar?

—He venido a entregarme.

—¿Y por qué no viene Calham y su cómplice?

—No pueden hacerlo. Están muertos.

—¿Está segura de lo que dice?

—Completamente segura. Yo misma les he dado muerte.

Streimer tardó en responder. Indudablemente, las palabras de aquella mujer habíanle sorprendido.

—No puedo fiarme de lo que dice —habló, al fin—. Estoy muy acostumbrado a habérmelas con gentes de su clase.

—Le repito que Calham y Warty están muertos —afirmó, sin vacilar—. Yo no estoy comprometida en sus negocios, y sabía que obrando así, podría hacer algo que me favoreciera. ¿No lo cree así, inspector?

—Desde luego, si es tal como dice —aseguróle Streimer—. ¿Dónde están ahora?

—Podrá encontrar sus cuerdos al pie de las ventanas del piso alto. Los maté uno a uno, cuando estaban de espaldas. Todavía les quedaban municiones para resistir algún tiempo más.

—¿Sabe a lo que se expone si miente?

—Lo sé.

Streimer le hizo una seña para que se volviera.

—Vaya delante, y yo la seguiré. Le advierto que cualquier disparo que sea hecho desde la casa, supondrá su muerte. No lo olvide.

—Nadie disparará.

Lydia echó a andar, y Streimer la siguió. En esta forma llegaron a la puerta de la granja.

—¿Piensa usted entrar, inspector? —preguntóle Shelton, que seguía sin moverse de su sitio.

—Sí, y si lo deseas, puedes venir también.

Entraron ambos hombres, así como Lydia, que los precedía. Un silencio sepulcral reinaba allí dentro.

Al llegar al piso alto, Lydia volvióse para señalarles una habitación.

—Ahí está Calham.

Shelton sujetó a Streimer del brazo, y se le adelantó.

—Quédese ahí fuera, Streimer. Entraré primero.

Así lo hizo, y apenas cruzó el umbral, descubrió el cuerpo caído de Calham. Sostenía aún la ametralladora que había estado disparando, y su cabeza estaba cubierta de sangre.

Dio la vuelta y salió al corredor.

—Es cierto —le dijo a Streimer—, Calham está muerto.

Entonces Lydia mostróles la otra habitación que daba a la parte posterior, hallando a Warty muerto en las mismas circunstancias que su jefe.

—Abajo encontrarán a los ocupantes de la casa —indicó, por fin, aquella mujer—. Se limitaron a inmovilizarlos, sin causarles ningún daño.

Fueron a dónde les indicara Lydia y libertaron al matrimonio que ocupaba la vivienda, así como a un muchacho de unos quince años, hijo de los granjeros.

Instantes después, salieron al exterior. Streimer dio orden de que sacaran los cuerpos de los dos malhechores, y los condujeran en una ambulancia a Nueva York.

En el mismo coche en que subió Streimer, lleváronse a Lydia.

—¿No vienes a la factoría? —preguntóle el inspector, al advertir que Shelton permanecía fuera.

—No —contestó—. Regresaré en otro coche a Nueva York. Prefiero no volver a encontrar a cierta persona, que ahora va a odiarme más que nunca.

—Está bien —repuso Streimer—. Te espero mañana, a las diez, en mi despacho.

—No faltaré.

Shelton alargó el brazo para estrechar la mano que le tendía Streimer, y al hacerlo rozó, involuntariamente el rostro de Lydia, sentada junto a ellos.

—Perdone —dijo simplemente.

Lydia le sonrió con sus bellos ojos, de los que aún no se había borrado la maldad y el odio que llenaban su espíritu.

—Ha sido una verdadera lástima que no fueras el William que yo creí.

El coche arrancó rápido, y Shelton quedó unos segundos inmóvil, viendo como se dejaba en dirección de Albany. Luego se encaminó a otro de los vehículos, y pidió al conductor que le llevaran hasta Nueva York.

Llevaba media hora aguardando en el despacho de Streimer, cuando compareció éste. Al verlo allí, esperando, pareció sorprenderse.

—¡Hola, Dick! —saludóle cordial mente—. Ya me había olvidado de ti.

—¿Qué resultó de la investigación de anoche? —preguntó Shelton, sin demasiado interés.

—Todo fue bien. Ya no cabe ninguna duda de que el Dinitrión se obtenía en los laboratorios de la factoría. Ha sido un éxito que va a proporcionarte un porvenir que no sospechas.

—¿Y Tommy Brunner? —preguntó, tratando de cambiar la conversación.

—La herida no tiene importancia. Probablemente, dentro de un par de días podrá ser dado de alta.

—Me alegro por él —comentó.

Y guardó silencio.

—¿No tienes por quien más preguntar? —insistió Streimer.

—Pues... espero que a George Finney no lo consideren culpable por su intervención.

—Finney tiene algunas cosas en su haber que le servirán como descargo cuando se vea el proceso. Yo le prometí ayudarle en todo lo que me fuera posible. Espero que salga bien librado.

—Bien. Ahora me tomaré unos días de descanso.

—¡Claro, claro! Los has merecido sobradamente. Hasta que encontremos algo que llene tus ambiciones. ¿Has olvidado a Joe Kay?

—No quiero saber lo que ha sido de Joe Kay —declaró, con firmeza.

—Bien, siendo así... Voy a tener que hacer unas gestiones. ¿Por qué no me acompañas, Dick?

Asintió en silencio. Salieron ambos del despacho y bajaron la escalera. Afuera aguardaba uno de los coches de la Brigada Especial, que Streimer había tomado para llegar hasta allí.

—Sube tú primero, Dick.

Obedeció el muchacho, y al hacerlo se dio cuenta de que había otra persona sentada detrás.

—¡Esther! —exclamó, sorprendido—. ¿Qué hace...?

—¡Ah! ¿Es usted? —repuso ella, despectiva.

Y volvió la cabeza hacia el otro lado.

—Es la señorita Finney —habló Streimer, como si no se diera cuenta de lo que ocurría—. Prometí llevarla a su casa.

Puso el coche en marcha, y se dirigieron hacia Broadway.

No habían transcurrido cinco minutos, cuando Streimer lo detuvo de nuevo.

—¡Caramba! —exclamó, con gesto de contrariedad—. Olvidaba que Pearsons nos está esperando desde las diez y media. ¡Vaya conflicto!

—Vaya a verlo —indicó Shelton—. Esperaremos a que regrese.

—No, me entretendrá demasiado. Es preferible que lleves tú mismo a la señorita Finney. Éstas son sus señas.

Y le entregó una tarjeta con una dirección.

—No se moleste, señor Shelton —dijo en aquel momento Esther,

disponiéndose a descender—. Tomaré el autobús.

—No hará usted eso —replicó Streimer, muy serio—. Ahora debe obedecer y callar. No olvide que puedo presentar algunos cargos por entorpecer la labor del agente Shelton.

Viola morderse los labios y permanecer quieta en su asiento.

—Hasta luego, inspector —sonrió Shelton, maliciosamente.

—Buenos días —saludó Streimer, desde la acera.

Shelton reemprendió la marcha, y no se detuvo hasta los mismos jardines del Parque Central.

—No es ahí a dónde tengo que ir —observó Esther, sorprendiendo su maniobra.

Pero Shelton, muy serio, le señaló el asiento vacío a su lado.

—Venga aquí —le dijo—, y no olvide que se encuentra en libertad vigilada.

La muchacha obedeció sin replicar.

—¿Qué es lo que se propone?

Shelton la rodeó con su brazo, y quedóse mirando fijamente a sus ojos.

—¿Olvida que vino a pedirme dinero?

Vio sus ojos centellear furiosos.

—¿Y pretende que lo que hizo con mi hermano...?

—¡Chist! —interrumpióle, poniendo una mano en sus labios—. No tardará en darse cuenta de que lo que hice fue, precisamente, lo que hará que George sea puesto en libertad.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió, desconfiada.

Shelton acercóse al oído de la muchacha, y pronunció unas palabras en voz baja.

—¡Oh, Shelton! —exclamó ella, sorprendida—. ¿Es eso cierto?

—Se lo aseguro.

—¿Y tenía que decírmelo así, en voz baja?

—Estamos en un coche de la policía —repuso él, muy serio—, y aquí hay oídos por todas partes.

—Pues yo voy a decirle otra cosa. Y también al oído.

Pero al aproximársele, Shelton la atrajo rápidamente, y antes de que pudiera evitarlo, la besó en los labios.

Esther hizo un brusco movimiento para libertarse, y, sin darse cuenta, su brazo tropezó con el conmutador del radio receptor. Inmediatamente, una voz gangosa llenó el interior del vehículo.

—¡Atención coches patrulla 53, 54 y 55! ¡Se ordena la detención del coche matrícula...!

Shelton volvió a cerrar el conmutador, y quedóse mirando a Esther con una expresión divertida.

—¿Te convences de que estos coches no son apropiados para cierta clase de conversaciones?

—Pero...

—Lo que tengo que decirte ha de ser en cualquier lugar de esos jardines.

—Pero...

—¿Vienes o no?

—Como tú quieras, Shelton —murmuró, tímidamente.

Shelton cogióla de una mano, y ayudóla a apearse. Luego, sin soltarla, condújola hacia una de las avenidas que se abrían ante ellos.

Poco después, desaparecían entre las frondas del parque.

FIN

INEXORABLEMENTE CONDENADO A
MUERTE

Aquel boxeador siembra el terror entre las filas del crimen. La vida y el peligro le son indiferentes, pero no por su propia valentía, sino porque se trata de un cadáver ambulante

PETER DEBRY

a través de su magnífica novela

Cadáveres ambulantes

Ha tratado maravillosamente la historia de un boxeador a quien el hampa condujo al fracaso, que luego supo torcer con sus puños y su pistola, una sangrienta y ejemplar venganza.

No deje usted de leer este relato excepcional de

Cadáveres ambulantes

PETER DEBRY

en el próximo número de la siempre
interesante

COLECCION SERVICIO SECRETO

**CUALQUIER
MOMENTO ES BUENO...**



**...PARA LEER
El DDT**

**LA PUBLICACION
MAS DIVERTIDA DE
TODOS LOS TIEMPOS**

SOLO CUESTA 2 PTS.

Últimas novedades de EDITORIAL BRUGUERA



COLECCION PIMPINELA

- Núm. 258 - M^a Adela Durango
LA CONDESA DE WILMORE
- Núm. 259 - Isabel Salasña
EL CHICO DE LA GASOLINERA
- Núm. 260 - Lid Ramos
LA MUJER VENCIDA

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



COLECCION ROSAURA

- Núm. 98 - Nylhama
CARICIAS SIN PALABRAS
- Núm. 99 - Carin Tellado
¿Y SONÓ SU FELICIDAD?
- Núm. 100 - Ana Marcela García
UNOS PASOS EN LA NIEBLA

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



COLECCION MADREPERLA

- Núm. 154 - Matilde Redón Chirano
La muchacha del impermeable azul
- Núm. 155 - Nylhama
RAYITO DE SOL
- Núm. 156 - Cristino Luján
EL VIEJO AMOR

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



COLECCION BISTONTE

- Núm. 199 - Peter Doorn
DE LA MISMA SANGRE
- Núm. 200 - Jos Benhett
RIO PEREZOSO
- Núm. 201 - Fidel Prado
LOS DIABLOS ROJOS

APARICION SEMANAL. PRECIO 4 Ptas.



COLECCION SERVICIO SECRETO

- Núm. 62 - Fred Garhan
SEQUESTROS EN NUEVA YORK
- Núm. 63 - Jack Grey
LA MARAÑA SANGRIENTA
- Núm. 64 - Peter Debry
EL VAMPIRO DE BROOKLYN

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



COLECCION AUTORES FAMOSOS

- Núm. 19 - Clem Yore
JIMMY DEL MISSISSIPPI
- Núm. 20 - Zane Grey
KEN WARD EN LA JUNGLA
- Núm. 21 - Oscar J. Friend
TIERRAS SANGRIENTAS

APARICION BIMENSUAL. PRECIO 16 Ptas.

■ Últimos volúmenes aparecidos

○ Volúmenes de próxima aparición

Precio: 5 pts.



